

## SUSCRICION

## PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 18.

30 por 100 de indemnización en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

# LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION

EN

## MADRID.

UN MES. . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

## SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—Caracteres y narraciones.—Estudios históricos.—Causa célebre histórica.—Indostan.—La Estrella del Sud, novela original por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuación).—Don Pedro Sarsfield.—Exposición de pinturas.—Teatros.—Mosaico; Efemérides españolas del siglo XIX.—Escenas de la vida positiva.—Logogrifo; solución del anterior.

Este número lleva cinco grabados.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior.—FRANCIA.** A las once y media de la noche del día 12 de este mes, llegó á Paris el presidente de la república, que se dirigió al Eliseo rodeado su carruaje por dos escuadrones de dragones, y después de haber salido á recibirle un inmenso gentío, que victoreó como siempre, dando gritos de viva la república, mezclados con los de viva Napoleon.

Ha sido muy obsequiado en Cherburgo, donde pronunció un discurso, contestando al que le dirigió el alcalde, que ha causado gran sensación en Paris. Después de haber recordado en él Luis Napoleon los innumerosos beneficios que su tío dispensó á Cherburgo, encuentra muy natural que esta ciudad sea *napoleonista* y conservadora, y por último pide que el pueblo le conceda los medios de restaurar el poder y de hacer respetar la autoridad.

Tras de estas palabras han creído ver algunos el fantasma del golpe de Estado de que hace tanto tiempo se habla.

No menos han ocupado á los periódicos la carta que ha publicado Mr. Vezin, uno de los individuos mas influyentes de la comisión permanente de la Asamblea, declarándose legitimista después de ser napoleonista de origen y orleanista por convencimiento, y la obra que publicó Mr. de La-Rochejaquelein manifestando que el partido legitimista está subordinado enteramente á la voz de su príncipe, de lo cual dará pruebas en la próxima reunión de la Asamblea, proponiéndose adoptar una nueva marcha diferente de la que ha seguido hasta aquí.

El 11 se abrió en Tolosa el concilio provincial. Los PP. del concilio se trasladaron procesionalmente desde el palacio arzobispal á la iglesia metropolitana, habiendo asistido á esta ceremonia un inmenso concurso de fieles. Doscientos sesenta años hace que no se habia celebrado concilio provincial en esta diócesis.

A pesar de haber sido recibida la comisión piamontesa por el prosecretario de Estado de su Santidad y el cardenal Lambruschini, se cree que no produzca ningun resultado tanto porque la recepción de los negociadores ha sido como particulares cuanto porque parece que el cardenal Antonelli ha dirigido al gabinete piamontes por orden expresa de su Santidad una nota anunciando las medidas que la Santa Sede se verá en la necesidad de adoptar si el señor arzobispo de Turin no fuese puesto inmediatamente en libertad. Esto no obstante el arzobispo Fransoni sigue preso en la ciudadela de Fenestrelle á pesar de haber declarado la sala de acusación de la audiencia de Turin que no habia méritos para la formación de causa, de cuyo fallo habia apelado el fiscal pasando á tomar nuevas declaraciones al prelado que no ha creído conveniente presentarlas protestando contra la violación

Tomo II.

que del derecho canónico considera cometerse en su persona.

Después de tantos días de haber permanecido los ejércitos de los ducados en la mas completa inacción, trabaron el 6 una seria escaramuza. El fuego comenzó en toda la línea por las avanzadas, y poco á poco fueron tomando parte en él fuerzas de alguna consideración. Los dinamarqueses consiguieron rechazar al principio á sus contrarios, pero reforzados estos volvieron á recuperar el terreno perdido, por lo cual han quedado como estaban, no produciendo este encuentro ningun resultado. No obstante si hemos de atenernos á un parte telegráfico de Hamburgo, ha vuelto en ejército de los ducados á posesionarse de la ciudad de Erckenforde después de una batalla muy empeñada que tuvo lugar el día 12.

El 4 por la mañana llegó á Viena el conde de Nesselrode, y en la noche del mismo día continuó su viaje. Se aseguraba que en las conferencias celebradas entre este ministro y el de Austria habian quedado acordes sobre la cuestión de los ducados, debiendo abdicar el rey de Dinamarca en favor del príncipe Pedro de Oldemburgo.

El decreto del gran duque de Hesse-Cassel mandando que se cobren las contribuciones, ha producido grande agitación, negándose á autorizar la exacción y protestando de ella la comisión permanente de la asamblea; y como el gobierno del gran duque esté resuelto á no cejar en el sistema de represión en que ha entrado, ha adoptado varias medidas fuertes con que espera hacerse superior á los obstáculos que se le presenten.

A pesar de estas medidas, el tribunal supremo de justicia de Hesse-Cassel declaró casi por unanimidad que el decreto para la cobranza de las contribuciones era ilegal, y por consiguiente no debia ser obedecido, en vista de lo cual el gran duque creyó prudente abandonar la capital con todos los ministros. El fiscal de dicho tribunal supremo habia dado segun anuncia la gaceta de Colonia auto de prisión contra los ministros en la causa que les esta formando por haber violado la constitucion, y algunos ayuntamientos se habian negado á publicar el decreto sobre el pago de contribuciones. Sin embargo, no se habia turbado en ninguna parte la tranquilidad que tambien se disfruta en el resto de Europa.

## REVISTA DE MADRID.

Hay algunos entre nuestros lectores, y por cierto que no son de los que nos merecen menos aprecio, que no pueden hojear nuestros pobres escritos sin entrever en ellos, con aguda malicia, la mal sana intención de zaherir y criticar las costumbres de Madrid. Porque en nuestras habladurias semanales hemos querido pintar á veces los inconvenientes de esta vida agitada y azarosa, de sus enfadosas y apremiantes exigencias, y de sus continuas é incesantes necesidades; porque al hablar de las grandezas de Madrid, hemos apuntado algunas miserias, que vienen á formar con ellas un marcado contraste; porque hemos intentado seguir paso á paso el curso de esta misma vida y señalar los muchos peligros que á cada paso nos ofrece en medio de sus numerosos alicientes; porque hemos querido, en fin, poner de bulto algunas sombras de este gran cuadro, y marcar algunos de los lunares que oscurecen su bello conjunto, nos hemos visto colocados en la categoría de críticos y de censores descontentadizos.

Si estos nuestros lectores, que tambien son nues-

tros amigos, quisiesen comparar por un momento los inspirados artículos de Figaro y los bellísimos cuadros del Curioso Parlante con nuestras humildes y desaliñadas revistas, cuánto no hallarian de benévolo y de favorable en nuestra manera de juzgar las costumbres y la vida cortesana! ¡Cuánto no habrian de agradecer las calificaciones que hemos hecho de algunas de las escenas y de los rasgos de esa misma vida! ¡Cuán parcial no hallarian nuestro juicio, si recordasen lo que escribía el primero de aquellos críticos sobre todos los asuntos de mas importancia que dicen relacion á la vida pública y privada de Madrid, y los animados cuadros que ha trazado el segundo sobre la empleomanía, las comedias caseras, las casas por dentro, las tiendas, los barberos, los aguinaldos, las tertulias, la filarmónica, los días de fiesta, las casas de baños, los toros, las almonedas, la bolsa y tantos otros objetos como se comprenden en sus numerosas escenas, una de las cuales, como si no bastasen las otras á indicarnos, lleva por título especial el de «Inconvenientes de Madrid.»

Mas no queremos rebajar la fuerza del cargo haciéndolo recaer sobre otros, ó disculparnos con la autoridad de tan insignes escritores. No queremos aparecer como censores, cuando no lo somos, aunque nos apoyen tan autorizados ejemplos. Librenos Dios de merecer jamas la censura á que algunos nos han reputado acreedores.

Nadie, en verdad, ama como nosotros el cielo hermoso y encantador de Madrid; su animación y alegría; su bullicio y algazara; sus innumerables reuniones; sus múltiples elementos de diversion; sus variados é incesantes goces, el franco y amable trato de sus moradores; la belleza, la gracia y la seductora amabilidad de sus lindas moradoras. ¿Pero pudiera este afecto hacernos desconocer los inconvenientes que mas arriba enumeramos, y que en alguna ocasion hemos apuntado mas detalladamente? ¿Y acaso hemos olvidado por ellos todo lo bueno, lo útil, lo agradable que nos ofrece de continuo la capital de la monarquía española?

Pues aun nos va á ofrecer la llegada de las ferias una nueva ocasion de hacer alarde de esta imparcialidad nunca desmentida.

No ha habido escritor alguno que al ocuparse de las ferias de Madrid, no haya descargado sobre ellas todo el peso de la crítica y del ridículo. Esa infinita multitud de puestos que por todas partes ocupan las aceras y los portales de las calles de Madrid; esa profusion de objetos inútiles é inservibles, que figuran amontonados unos sobre otros en los parages mas públicos y en los sitios mas concurridos; ese inacabable surtido de muebles viejos y de trastos desvencijados, que llaman por do quiera la atención de los transeúntes, han dado materia á las mas agudas é ingeniosas críticas, á las mas amargas y destempladas censuras.

Pero si las cosas públicas no han de ser juzgadas bajo el aspecto de su exterioridad, sino de su mayor ó menor utilidad intrínseca, séanos lícito manifestar ingenuamente nuestra opinion sobre este punto: las ferias de Madrid llenan tan completamente su objeto, y á este se adapta tanto ese carácter eminentemente popular que las distingue, que no creemos fácil darles otro mas acomodado á las necesidades del vecindario madrileño, y que mas redundase en utilidad de las dos clases principalmente interesadas en la celebración de las ferias: los que compran y los que venden.

En Madrid, donde se encuentran todos los objetos de lujo, de comodidad y de capricho que puede discurrir la mas exagerada fantasía: donde los almacenes y las tiendas se ven atestadas de trages, de alhajas, de muebles y de cuanto puede apetecer la vanidad, la



moda ó el gusto mas exigente: donde todo el año es una feria continuada, todas las calles un enorme y prolongado puesto, y todos los objetos que en ellas figuran continuas tentaciones y formidables ataques contra el bolsillo, ¿qué fin pudiera tener, qué vacío vendría á llenar, ni qué necesidades se encargaría de satisfacer una elegante y vistosa feria local que reemplazase á nuestra antigua y vergonzante feria general? ¿Qué artículos importarían á ella los traficantes de nuestros pueblos, que por su calidad y buen gusto pudiesen competir con los que ocupan habitualmente los almacenes de Madrid?

Por otra parte, en la corte, donde la riqueza está desigualmente repartida, donde las fortunas difieren tanto unas de otras, donde algunas familias opulentas ó acomodadas se cruzan con algunos centenares de familias pobres ó de escaso patrimonio, se necesita de un medio que haga pasar lo superfluo de los unos á servir como necesario á los otros; y este papel es el que desempeñan perfectamente las ferias. Las prenderías, adonde desciende durante todo el año el sobrante de los ricos y el atalage de los ausentes, abren durante estos dias su enorme é inagotable esposicion: el público las recorre una por una, y nunca deja de encontrar en ellas por la mitad de su valor, todos los objetos que quince dias antes hubiera pagado á doble precio.

Creemos nosotros que hasta el cielo está de acuerdo con la tierra en la celebracion de este suceso. No bien asoma el 21 de setiembre, asómanse tambien los nublados al horizonte para despejar por completo los calores de la atmósfera, y ofrecer á los madrileños una temperatura agradable durante todas las horas del dia. Si por acaso algun benéfico rocío desciende entonces sobre el suelo de Madrid, aparte de la importante mision que en tales casos se atribuye á las aguas, y de la virtud magnética que se les concede sobre los diminutos pobladores de los muebles y trastos viejos, sabido es de sobra que son siempre precursoras de serenos y hermosos dias, y que con ellas se inaugura el otoño, y la animacion y el regocijo que en tales dias reina de continuo en la corte.

Ya llegó, pues, ese periodo animado y alegre de la vida madrileña; ya llegaron las ferias, con sus interminables puestos de avellanas, nueces, acerolas y albaricoques: con su paseo de la calle de Alcalá, donde se cruzan tantas miradas de dia y tantos tropezones de noche: con su pasmosa coleccion de muebles grandes y chicos, nuevos y viejos, malos y buenos: con sus innumerables tendidos de libros á dos reales y estampas á dos cuartos, donde se encuentra rodando por los suelos tanto personaje de nota y tanto literato distinguido: con su interminable galeria de cuadros sin láminas, de espejos sin azogue, de jarros sin asa, de figuras desvencijadas, de pucheros, sartenes, y tenazas, y tantos otros objetos de indefinible carácter. Preparémonos á gozar de tan variado espectáculo, si no precisamente por contemplar los objetos inanimados, por codearnos con las otras figuras de carne y hueso, que bullen y viven en derredor de este vistoso mercado. Entre los ardores caniculares del verano y los tremendos frios del invierno, tengamos una tregua de diversion y de holganza al aire libre, ya que nos lo permite la temperatura de la estacion presente.

Mas no vayamos desde las ferias á la esposicion de pinturas con la esperanza de encontrar en ellas, como otros años, bellas é inspiradas creaciones de los pintores madrileños. La esposicion de 1830 es lo mas pobre é insignificante que puede darse, si se considera artísticamente. En otras ocasiones hemos visto en la esposicion mucho y muy bueno: en otras mucho y malo: en algunas poco y bueno: mas desgraciada que todas, la actual esposicion ofrece poco y malo, para apurar todas las combinaciones que pueden hacerse con la cantidad y calidad. Hagamos una justa y merecida escepcion en favor de los retratos de S. M., del presidente del consejo y de la señorita de Vela: de las preciosas marinas del señor Brugada: de los bellísimos é inspirados paisajes del señor Villamil y de los retratos del señor Muñoz; separemos otra media docena de cuadros que aun merecen los honores del exámen; y la esposicion queda enteramente despojada de importancia y consideracion para el arte.—De este asunto nos ocuparemos acaso con mas detencion en el número inmediato.

Una compensacion, no desagradable por cierto, ha

querido que si el otoño se ha manifestado ingrato para las bellas artes en el ramo de pintura, haya venido armonizado con dulcísimas melodías musicales. El generoso y espléndido banquero que en otro tiempo hizo resonar en el salon del Circo las voces de los primeros cantantes de Europa, nos ofrece actualmente con Moriani y Ronconi, un grato recuerdo de aquella deliciosa temporada; y el público acude presuroso á llenar las localidades de su coliseo. Al fin, despues de cinco años, hemos vuelto á oír cantar en Madrid una compañía de ópera que merece la denominacion de buena.

Pero la animacion teatral no se reduce tan solo á la del coliseo del Circo. Si en este se oye una buena compañía de ópera, en el teatro Español se ve organizada una buena compañía de verso y se nota gran movimiento y actividad de trabajos, gracias á los esfuerzos de su celoso director el señor Rubí: en el Instituto continúa la del año anterior reforzada con la simpática actriz señorita Samaniego y otros actores apreciables: y el de Variedades, completamente renovado hasta el punto de ser hoy dia el mas lindo teatro de la corte, sigue bajo el mismo pie de excelente organizacion en que se hallaba la temporada anterior, contando con buenas compañías de verso, de zarzuela y de baile, y viéndose en la actualidad favorecido por una concurrencia mucho mas numerosa y constante que ninguno de los otros coliseos.

Si á esto se agregan los grandiosos preparativos del Teatro Real, la próxima organizacion del teatro del Drama en el de los Basílios: el que se espera ver terminado muy pronto en la calle de Capellanes: el Circo ecuestre de Mr. Tourniaire: el que prepara Mr. Paul; y el anfiteatro gimnástico que se dispone para la calle de Alcalá, podrá calcularse cuán grande es la animacion teatral, que en el sentido mas lato de esta palabra, espera presenciar el pueblo de Madrid en el invierno de 1830.

J. M. ANTEQUERA.

## CARACTERES Y NARRACIONES.

### LA ACTRIZ.

Miss Jane era una criatura terrible: era á un mismo tiempo Corina y Manon: hace cuatro años que la ví por la última vez en el teatro de Convent-Garden desempeñando el papel de Desdemona: todos los espectadores entusiasmados afirmaban que aquella noche estaba en el apogeo de su beldad y artístico talento. Miss Jane habia venido al mundo para hacer ver que todos los ojos azules no revelan la pureza, ternura, modestia y dulce calma de un cielo de primavera; sus azules ojos hubieran podido desafiar á los mas negros, á que no les aventajaban en ardor, fogosidad é inquietud misteriosa; asimismo sus mas que rubios cabellos no se asemejaban á la dorada blancura del lino, cuyo brillo indica un no sé qué de fresco y virginal, eran sí unos cabellos llenos de fogosa inteligencia como los que hace ondear Giorgione en las animadas espaldas de sus vírgenes. Yo por mi parte hubiese deseado que el fingido Otelo la ahogase entre sus brazos. Se percibía claramente en su alma y en todas sus acciones ese secreto devorador de deleite péfido que por desgracia nuestra abrigan en sus pechos todas las hijas de Eva para nuestro tormento y alegría. En la Desdemona de Convent-Garden se percibía todo el amor y rabiosos celos que abrasaban el corazon del moro, todo cuanto inspiró á Shakspeare su sublime ingenio, ese peligroso y misterioso atractivo de la muger se espresaba triunfante en cada una de sus sonrisas, de sus miradas y ademanes. Las mugeres la miraban con celos y envidioso interés; los hombres.... no necesito decir con qué ojos la miraban los hombres.

Reparé en uno, aun me parece que lo estoy viendo, con la vista fija en el escenario con una extraña expresion de tristeza y ardor: era el marqués William de Colbridge; estaba á su lado su esposa miss Mary Claforth, la mas noble, mas honesta y mas hermosa jóven de Escocia. Ladi Colbridge tenia toda la pureza que ostentan los lagos y nieves de su pais, pero desgraciadamente, preciso es decirlo así, participaba alguna cosa de su frialdad; muchas veces la pureza tiene la fatalidad de ir asociada con la insensibilidad. Se echaba de ver que ninguna pasion tumultuosa habia anublado la mirada pura y tranquila que brillaba en el reposado y terso semblante de la marquesa. Sin embargo, aquella noche observaba á su esposo con cierta inquietud, le parecia muy extraño que le inspirase

tanto interés únicamente el mérito de la piedad. Conviene en creer que Mary Claforth ignoraba la vida que habia llevado William antes de su matrimonio: si lo hubiera sabido.... Sin embargo se asegura que en el verano último se la contó lord B. que todavía va gallardamente por el camino de las aventuras amorosas á pesar de frisar ya en sus cuarenta. Nosotros referiremos todo el lance tal como le sabemos hace ya mucho tiempo.

Lord Colbridge en la época en que vió por primera vez á miss Jane no pensaba en tener las riquezas y títulos que actualmente disfruta. Su padre, el coronel Simpton era segundón de una familia que habia hecho las mas clásicas locuras, sin esceptuar el casamiento por amor. Habia dejado muger y tres hijos sin mas herencia que su nombre, es decir, el nombre de uno de los militares mas valientes; pero de los mas calaveras de la Gran Bretaña. William y sus dos hermanas tenian un tio muy rico, Enrique Simpton, marqués de Colbridge, pero como aborrecia á la madre, nunca habia sido amigo del padre, y ademas tenia dos hijos, no habia que contar con él para nada. Pero el sobrino poseia un talento; muchas veces es el talento una limosna que deja caer el cielo en el sombrero del pobre: digámoslo de una vez. William Simpton era escultor sobresaliente; ha habido muchos caballeros que lo han sido; testigo de esta verdad el caballero Wan-Dyk. Sir William ejecutaba en bronce y mármol algunas obras de mérito que se las pagaban muy bien, aunque él recibia el precio con el corazon humillado, pero con resignacion.

El hecho es que á los 25 años de edad no se juzgaba enteramente desgraciado ni pensaba en tirarse un pistoletazo, sinoes dos ó tres veces á la semana, lo que prueba que todavía hay disposicion de ánimo muy satisfactoria en algunos jóvenes avezados con la desesperacion de Werthez, el insondable fastidio de Renné y la negra melancolía de Child-Harold. William tenia afortunadamente un modo de pensar que aunque no muy original, no era siempre el de tolo el mundo: el de los que se dedican al arte sin ser como esos amadores ridiculos, ni esos artistas propiamente dichos, que aquellos por su tontería, y estos por su vida vagabunda y carácter de arlequin, atraen sobre sí el desprecio de esas gentes, que aunque en realidad existen no se encuentran á Dios gracias á cada paso.

William Simpton era un mancebo galante, que fuera de su taller no se acordaba que era artista, escepto cuando de repente afectaban su ánimo ciertas figuras del mundo visible, ó algunos movimientos del invisible. Con los hombres era franco, ingenuo, mas bien afectuoso que áspero con tal que no se le contradigese, mucho mas raro que á su padre el difunto coronel: con las damas era la dulzura misma, tierno cual ninguno: era amoroso por naturaleza y sentia en su pecho todo lo que otros dicen por costumbre y gana de hablar. Así que, creia como de fé que el amor puede abrasar el corazon con un fuego verdadero, y que con toda la sangre de las venas no se paga suficientemente la misteriosa ideal, y sin embargo la real y verdadera conquista de esas flores que alientan á las que van unidos tantos hechizos. En fin, digámoslo de una vez, William era un poco romántico; mas si en esta vida no hubiese algo de romanticismo, ¿qué haríamos nosotros con tantas cosas tan estupendas de esos viejos castillos, por ejemplo, del canto de los pintados pajarillos, de los plateados rayos de la luna, y de los céfiros de la primavera?

En una noche en que lucia este astro con todo su esplendor y en el mes de mayo es precisamente cuando comienza la historia de nuestro William. Ya se sabe que en Londres mayo es el mes de mayo, es el mes del movimiento y de la vida, y no obstante esto ni la claridad de la luna, ni los hechizos del mundo se dejaban sentir en el parage en que se encontraba William la noche de que hablamos: era una de aquellas tabernas tan apreciadas del príncipe Enrique cuando bajo la forma del panzudo Falstaff seguia alegremente el resbaladizo camino de la crápula y desórden. Sentado junto á una mesa en un sitio retirado fumaba su pipa y desocupaba una botella de cerveza disfrutando del doble placer que encuentran los artistas en las tabernas, en estos parages en que gracias al vino y á la pipa todo es humo y desvarios. Yo desde luego preferiria la suerte del vándido para quien el hombre ha inventado la horca y la Providencia los remordimientos, á la de aquella hermosa Miss para la que se ha creado la familia, las sonrisas, las rebanadas de pan con manteca y las tazas de té.

William gozaba la envidiable satisfaccion de encontrarse en aquel sitio ignorado donde ninguno iria á buscarlo, si sabria donde estaba: en aquel parage donde se va maquinalmente sin saber por qué. Habia dejado en casa á su madre y hermanas, y él habia salido á respirar el aire libre con el afán que á ciertas horas experimentan todos cuando se sale de alguna reunion, algun festin, ó estrepitosos hurrahas. Casualmente pasaba por la puerta de una taberna, miro al través de la vidriera y la vista de los bebedores le incitó á entrar.

En el momento que se sentaba á la mesa delante de la botella se le aproximó un hombre que conoció inmediatamente William: era Mr. Peter Croogh dueño de la casa en que habitaba él. Era una de esas criaturas humanas que tienen muchas probabilidades para



vivir 80 años, por la sencilla razón de que no hay motivo para dejar de existir: tendría entonces sobre 30 de edad, su presencia era lo que se llama una figura agradable, pero su semblante sin atractivo no revelaba sentimiento alguno elevado ó generoso. Peter Croogh había vivido en medio de los placeres, pero placeres rastro: jamás la fortuna tras de la que había corrido aunque sin afán, le había proporcionado suficiente oro para poder figurar en los regios festines del deleite: dirigiendo alternativamente teatros ó periódicos, había ganado algún dinero tan pronto cogido como gastado: en la época á que nos referimos, no le quedaba mas que la casa en que vivía William, casa vieja situada en un barrio solitario, una salud quebrantada y un corazón mas gastado todavía. Pero en aquel corazón florecía una pasión juvenil y de larga duración: Peter Croogh estaba ciegamente enamorado, el caso es que hacia cuatro años que había ido á vivir bajo el techo de su casa una familia pobre que ocupaba un reducido chirimital en que apenas cabía el fogón y un mal gergon. Se componía esta de un hombre que en un principio había ejercido el pugilato, después el contrabando y últimamente era vendedor de contraseñas á la puerta del teatro de Convent-Garden: de su mujer una de esas horribles y miserables criaturas agoviadas de males y miserias que no tienen sexo determinado y que sin embargo se llaman mugeres, y por último de una muchacha de 14 años hermosa bajo sus andrajos como una hada. Peter Croogh la miraba con placer siempre que la encontraba: un día la habló y quedó encantado del dulce y armonioso sonido de su voz. Arrellanado en su poltrona en las horas en que acostumbraba fumar su pipa, se preguntaba á sí mismo que podría hacerse con aquella muchacha, y como había sido director de teatro, discurrió sin mucho trabajo que lo mas obvio era hacer de ella una actriz. Pocos días después ya estaba de pension en casa de Mr. Nipp... cómico antiguo y amigo suyo. Empero ¿qué vida había llevado la protegida de Mr. Peter Croogh antes de entrar en casa de Mr. Nipp...? este es un misterio que nos aclararían fácilmente los nuevos colores de aquel mundo de horrores y vicio: el hecho es que la discípula de Mr. Nipp... al parecer no había conocido, ó al menos olvidado aquel tiempo feliz mas ó menos largo que hemos pasado todos en el delicioso jardín de la inocencia. ¡Cosa extraña! ninguna sensación la cogía de nuevo, ni aun el candor: cuando representaba á Ophelia hacia respirar el suave aroma del azahar, inspiraba puros y castos sentimientos en el corazón del pobre Peter Croogh, pero un instante después, desvanecida la ilusión considerada la actriz en su ser, sus ojos azules vibraban el venenoso dardo de la serpiente, y sin embargo había dos seres locos de amor por aquella misteriosa criatura; el actor Nipp... y el propietario Peter Croogh.

¡Rosas y jazmines ocultos, que no veamos manos torneadas y alabastrinas, si han de ir acompañadas y á terminar en asquerosas patas de cabra! Se pretende que el viejo Nipp... me indigno solo de pensarlo; pero yo nada puedo asegurar, solo sé que Peter Croogh estaba mucho mas enamorado y fué por cierto el que salió peor librado. El buen hombre, en vez de haber criado un hermoso gatito que con sus juegos y caricias alegrase los últimos días de su vida, alimentó un tigre cruel que desgarraba sus entrañas; si aquella dañina beldad hubiese tenido la mas pequeña necesidad de inflamar el corazón del pobre Peter, se hubiera arrojado en sus brazos ¿qué le importaba á ella esto? ¿de quién recibía las caricias? Se acordaba tanto como del pródigo de quien recibía el oro. Empero Croogh nada veía, estaba ciegamente enamorado; la ingrata rehusábase todo favor, pero no lo apartaba de su presencia, y le hacía sufrir horriblemente los tormentos de Tántalo. Siempre ha sido este el gusto dominante de aquella harpía con dorados cabellos, de aquel Neron, como llamo yo á miss Jane, porque sin duda habrá adivinado el lector que es ella de quien hablo.

Mas sea lo que quiera, lo cierto es que cuanto mas prendado estaba el viejo amante, mas lejos estaba de ser correspondido; desde que la hermosa había conseguido los brillantes triunfos, cuya fama había traspasado los límites del Támesis, después que había entrado en los seductores países de la fortuna y de la gloria, apenas aparentaba conocer á su antiguo protector; era por esclencia ingrata y olvidadiza, y de aquí dimanaba que el semblante del malhadado Croogh iba de día en día tomando un aspecto mas triste y sombrío; ¡es tan triste é importuna la melancolía para los ojos que no quieren ver! La silenciosa y reprimida pasión del buen hombre, lejos de ablandar el corazón de la actriz la fastidiaba, y sin embargo, el único título que podía alegar el pobre diablo para ser bien recibido era su sincero y verdadero amor, título en verdad harto insignificante cuando miss Jane, envuelta en una radiosa atmósfera, veía en torno suyo agitar-se la gloria, las riquezas, y apuestos manebros hermosos, jóvenes, ricos, y deseosos de agradarla.

No obstante, alguna vez toleraba su presencia. Cuando después de haber conseguido algún nuevo triunfo se dirigía humildemente Peter Croogh al cuarto de la actriz á aquella hora en que la soberana del teatro con una benevolencia verdaderamente real dispensaba á todo el mundo la gracia de dejar admirar su victorioso rostro, era admitido como uno de tantos, aguardaba sumiso llegase su turno en aquel besamanos, y alguna vez lograba la dicha de deberle alguna mirada ó palabra suelta. Dos días antes de su encuentro con William Simpton, había cambiado algunas palabras con su deidad; la cosa pasó de esta

manera: en el momento en que rozaba apenas con sus labios la punta de los dedos de la actriz, exclamando con entusiasmo: «¡Qué filtro amoroso nos habeis hecho beber esta noche con vuestro papel de Ophelia!» decía ella á un joven lord: «Desearia tener mi busto cincelado por William Simpton.»

—¿Queréis, miss Jane, se apresuró á decir aquel, me permitís que os traiga yo á sir William Simpton? es un joven un poco oscuro pero muy amable, vive en mi casa.

—Con mucho gusto, le había contestado Jane; pero con ese tono indiferente que acostumbran á tomar las mugeres de su clase cuando están seguras de conseguir inmediatamente el deseo que han concebido. Sabido esto no será difícil comprender por qué al acercarse á William hubiese exclamado Peter: bendigo la casualidad que os ha traído por acá, vecino mio: ayer estuve llamando en vuestro cuarto y á la puerta del taller que está mas arriba, pero en valde; tenía que hablaros, sir William, de una hermosa dama, de una muger célebre....

—Si, de miss Jane, interrumpió el escultor que sabía cuan reducido era el número de hermosas damas y mugeres célebres conocidas de Peter Croogh.

—En efecto, de ella misma: desea ver reproducidas sus divinas facciones por vuestro diestro cincel: si queréis, esta misma noche os llevaré á su aposento.

No tenía Simpton motivo alguno para desechar la buena fortuna que se le presentaba, aunque ciertamente no pertenecía á esa casta despreciable de artistas abyectos que se entremeten en el mundo y miran á las beldades que están en moda con ojos estasiados como quien dice: «¡qué placer tendria en copiar esos hechizos por algunas guineas!»

La ocasión de hacer un busto de mérito y bien pagado no era despreciable.

—En hora buena, vamos, dijo á Peter, llevadme á casa de miss Jane.

Y la fatalidad bajo la forma de Peter Croogh condujo á William á la presencia de aquella que había de causarle tormentos y hacer la infelicidad de su vida.

## II.

Cuando Peter Croogh y William Simpton entraron en el aposento de miss Jane había una numerosa reunión de admiradores: la ilustre actriz acababa de desempeñar su papel de Ophelia en Hamlet, y su triunfo en esta segunda salida había escedido al de la vez primera: no había rincón en que no se viesen hacinados montones de ramilletes de aromáticas flores: costaba trabajo moverse en tan estrecho espacio, en donde se agitaba una turba de cortesanos solícitos y afanados para cumplimentar á la deidad, lo que recordaba los días de corte en Versalles ó Winsor.

Miss Jane recostada en un pequeño sofá de terciopelo carmesí que hacia resaltar mas la blancura de su esmerado adorno vestía todavía el traje de Ophelia, pero de esta virginal persona solo conservaba el vestido: una mirada audaz, orgullosa y altanera había reemplazado á la espresion de candor indefinible y juvenil que luego al punto escita en el fondo de las almas sensibles mil recuerdos dulces y agradables.

Esto justamente seria lo que pensaban todos los que la rodeaban, y esto mismo era lo que la decía el lindo duque Lionel de Norforth de un modo que aparentaba agradar á la actriz, aunque en realidad nada tenía de agraciado porque el talento no era ciertamente la herencia de este distinguido señor; pero en cambio era joven de alto nacimiento, tenía riquezas y un gran título, y completa su blanca y mas que regular dentadura que dejaba manifestar á cada momento una interminable sonrisa excitada por otra aun mas notable necesidad: era uno de estos entes por quienes ciertos autores llorones y mal avenidos con su suerte, que de continuo dirigen al cielo mil quejas por la injusta repartición de sus favores, que tanto divierten ó fastidian al que las oye segun el humor con que lo coge: aquellos literatos siempre son bien recibidos por aquella clase de mugeres tan encantadoras como numerosas, es decir, aquellas criaturas de placer que se compadecen de la miseria de los autores enfermizos y mal humorados, pero que no los socorren.

Por mi honor, exclamaba Lionel, os juro, miss Jane, que os prefiero á cuantas mugeres ha creado el ingenio fecundo de William Shakspeare; me hechizais cuando abandonando su cuerpo fantástico volvéis á ser vos misma.

—En efecto, añadió con tono grave y florido un sugeto que estaba sentado al lado de la actriz con cierto aire de autoridad y satisfacción marital, miss Jane siempre está encantadora, y nunca mejor que cuando se manifiesta tal cual es, aunque es evidente que nos hace experimentar goces de orden superior cuando mezclando sus propias ideas con las de los eminentes poetas, y cuando á sus propias inspiraciones añade las ideales creaciones de los grandes maestros entonces puede adorarse como á una divinidad. Así que cuando se transforma en Ophelia tan modesta, tan sensible, tan....

—¡Ah! ¿sois vos, Peter? dijo miss Jane interrumpiendo al declamador en medio de esta cáfila de palabras, tal vez muy á tiempo; ¿es acaso Mr. Simpton el que está detras de vos?

—El mismo, contestó este, y voy á presentaroslo oficialmente, y diciendo y haciendo lo cogió de la mano, y tengo, el honor de presentaros, miss Jane, á mi joven amigo sir William Simpton, tan distingui-

do por su talento como por su nacimiento; sir William.....

—Mr. Simpton, interrumpió miss Jane alargándole la mano, dejándose llevar de dos poderosos alicientes, la caprichosa ligereza de una hermosa, y la encantadora gracia de una actriz; Mr. Simpton, me conocéis, así lo creo, y yo tambien os conozco; omitamos si os parece el prólogo de Peter Croogh, y sin detenernos comencemos á leer en el libro de la amistad, escuchad: para que desde luego sepa lo que pensais de mí, decidme á cual de estos dos señores dais la razón; se trata de averiguar si intereso mas siendo Jane, ó cuando me revisto con el carácter de una persona ideal de Shakspeare: el duque de Norforth que nunca lo he considerado muy versado en la literatura me aprecia mas cuando soy realmente yo, y por el contrario agrado mas al lord Damville, que seguramente no ignorais su esquisito gusto por las ciencias, cuando soy Julieta ó Ophelia.

—¡Ah! miss, contestó Simpton, tanto en la escena como fuera de ella, ora trastorneis el juicio á millares de almas, ora hagais perder la cabeza á solo dos ó tres; vos siempre sois vos misma; no es Shakspeare el que os anima, vos sois la que le inspirais las candorosas ilusiones de Ophelia, ó la melancólica ternura de Julieta; vos las poseeis todas, así como estais dotada de ese irresistible atractivo lleno de fuego y atractivos que hasta de ahora no habia yo conocido, pero que desde luego me propongo idolatrar.

—¡Ah! sir William, exclamó la actriz, ¿es posible que tambien nosotras las reinas de teatro hemos de ser desgraciadas como las reales? Peter Croogh, me habeis traído un adulador no un amigo.

Y después dejando el tono de cariñoso enfado con que se habia espresado, añadió con alegre y osada desenvoltura:

—Enhorabuena, confieso que cuando me lisonjean con fineza amo á los aduladores, y nos ponemos de acuerdo; así ved en qué quedamos convenidos todos: yo desde ahora me considero muy superior á Shakspeare....

—Y con justísimo título, añadió Simpton con el mismo tono, yo al menos por mi parte aseguro que tengo mayor placer conferenciando con vos, que con ese joven carniceiro....

William Simpton se iba insinuando manifestamente en el corazón de la actriz: á su modo de espresar sus ideas con discreción, y si se quiere con toda la viveza y entusiasmo de un verdadero artista siempre que se presentaba ocasión juntaba una facilidad natural y tono de gran señor: capaces de dar envidia al almibarado Lionel: por lo demas poco trabajo le costaba alternar ventajosamente con el duque de Norforth, y el lord Damville. Este último era idólatra de sí mismo, y en verdad con algun fundamento, por las buenas cualidades que le adornaban: su carácter era dulce, de humor complaciente, tenía formado concepto de los demas hombres tan ventajoso como de sí propio, y contaba de ellos una infinidad de lances divertidos sin reserva alguna; he aqui por qué con una fortuna muy considerable, ilustre cuna y elegantes modales era muy bien recibido en todas partes; aunque por lo demas, para espresarnos con el estilo de Amyot, su talento era limitado á la par que ambicioso, que era seguramente una desgracia: pero su ambición no se dirigía á un solo objeto: desde luego se propuso escribir de política; pero como no tenía idea alguna de los hechos y principios fundamentales de la ciencia, y por otra parte, por un exceso de bondad, temia herir á las personas, sus escritos carecian de aquel carácter mordaz y satírico que tanto agrada, en seguida soñó meterse á novelista y compuso una *hing life* que al menos fué muy consoladora para los autores del día, es decir, que hizo ver que para describir la vida regalada y brillante de los magnates lo que menos se necesitaba es poder disfrutarla. El mal éxito de la novela no desanimó á su autor: logró persuadirse á sí mismo que era víctima de sus enemigos políticos, y no perdió la esperanza de prosperar en aquel ramo, pero hizo treguas por algun tiempo con sus ensayos: dejó que los dioses aplacasen su cólera contra la audacia de los Prometeos. Cuando su espíritu comenzaba á gozar las dulzuras de una calma melancólica fué cuando su corazón fué presa de las mas turbulentas inquietudes: se encontró casualmente con miss Jane, y desde luego se despertó su vanidad: pensó que tener relaciones con una muger célebre convenia mucho á un sugeto como él; y como su alma era tan propensa á la ternura, luego que el pobre Damville se declaró amante de la actriz quedó perdidamente enamorado. Gracias á los caprichos de su maliciosa querida tenía que sufrir todos los tormentos de un enamorado; cual sumiso marido era el mas comedido, mas rendido é incansable de todos los maridos: prestaba á miss Jane toda clase de pequeños servicios; visitas á los periodistas, conferencias con los directores del teatro, de todo se encargaba con el mayor celo; pero en cambio ¿qué exigía él de aquella joven acostumbrada á la independencia y libertad gitanesca? el mas cruel sacrificio: en su casa, en el coche, en su aposento, por todas partes lo veía á su lado, era su sombra que nunca la perdía de vista y que la misera actriz llevaba arrastrando en pos de sí. Damville queria dirigir á la ilustre actriz en su carrera dramática: de continuo la daba lecciones y consejos sobre los papeles que habia de escoger y el modo con que debia desempeñarlos; cuando obtenia algun brillante éxito, el amor propio de su Mentor se embriagaba con goces difíciles de espresar.



Cuanto se presentaban á miss Jane para felicitarla por sus triunfos despues de haber ejecutado alguna pieza por primera vez, veían á Damville sentado á su lado pintada en su semblante la espresion victoriosa del feliz resultado, semejante á la del hombre á quien su muger acaba de darle el título de padre, deseado con tanto ardor.

Cada nueva creacion, como decia él apropiándose el estilo de los periodistas, le proporcionaba toda una semana de enagenamiento, y un mes de orgullo y vanidad. ¿Y cómo diablos, se me preguntará, sufría esto miss Jane? Voy á contestar: á veces hay momentos en que los verdaderos gitanos se cansan de serlo; toda vida absolutamente desarreglada tiene á veces el capricho y desea abrazar otra mas conforme y ajustada; nuestra actriz desde un principio habia deseado vivir como si estuviese realmente casada, y á este deseo habia seguido otro muy natural y concebible en una actriz, y sobre todo actriz de la Gran Bretaña: la vanidad. Miss Jane apetecía presentarse en el mundo como señora de alta clase: tener un gran salon para recibir á los sujetos mas visibles de las dos cámaras, y á los mas distinguidos literatos; nada ansiaba tanto ella, jóven ardiente, indómita, avezada con el deleite y libertad como aparentar los modales y compostura de señora decente é irrepreensible; queria que todos aquellos que habian admirado su fogosa mirada, su impetuoso lenguaje y poéticos ademanes, se estiasen al oír la ventilar y discutir la cuestion sobre cereales, y que murmurasen á su oído: «¡sois un prodigio, un fenómeno! Lady \*\*\* no habla con mas acierto y precision que vos! ¡haceis cuanto quereis!»

Lord Damville echó de ver los progresos de su querida, su desembarazo y finos modales, y creyó llegada la hora de proporcionar á miss Jane el salon tantas veces soñado.

Reunió á su alrededor la flor y nata de sujetos graves y de entes frívolos; de esos necios abrumados con el peso de la ociosidad; en el salon de miss Jane se hallaban representados todos los gustos, todas las opiniones y todos los partidos; allí se encontraban los mas furibundos defensores de la aristocracia, junto á los firmes apoyos del radicalismo, aguardando el día en que sus doctrinas echen á bajo las pompas y grandezas del mundo profano para entrar entonces ellos con el mayor placer: en fin, miss Jane tenia abiertas las puertas de su casa á donde se concurría despues de haber comido en el palacio de un embajador; ó al salir de la soaré de un ministro. Por estas condescendencias sufría con paciencia el yugo de lord Damville, aunque habia momentos en que se le hacia muy pesado.

La noche que Peter Croogh presentó á Simpton se hallaba la actriz en uno de estos momentos: toda la noche la estaba fastidiando el noble lord con sus interminables disertaciones sobre la literatura dramática: el buen señor charlaba como un profesor del Ateneo sin echar de ver como afectaba el sistema nervioso de su querida; pero él en nada reparaba, se escuchaba á sí propio, y estaba satisfecho de su vasta erudición: esto le bastaba.

Miss Jane procuraba distraerse dirigiendo la palabra al almirante Lionel: pero inmediatamente principiaba este á hablar sobre el mismo asunto, cuando citaba el otro á Fakland, él recurría á un trozo de Hamilton: la aburrida actriz habia esquivado un necio para tropezar con otro mayor: huyendo de Scila habia dado en Caribdis. Muy prendada quedó de la fina mirada, y modo franco é ingenuo con que se expresaba Simpton en medio de aquella pesada y empalagosa atmósfera, y le manifestó el deseo de que principiase su busto al día siguiente.

Al volverse á casa Simpton y Croogh, ciertamente no se habia enamorado el escultor de la actriz; aunque jóven y galanteador, no era ni bastante romántico, ni bastante jóven para echarse á viajar por el pais del amor como un príncipe de los cuentos de las encantadoras por solo una mirada: ademas habia hecho sobre el particular cuantas reflexiones puede hacer un jóven con poco dinero y mucho amor propio y delicadeza; sin embargo, los ojos, la sonrisa, las inflexiones de voz de miss Jane las tenia muy presentes en su corazon, así que escuchaba sin disgusto á Peter Croogh que le referia los principios de su amor y las ingratitudes de su dulce enemiga, sin omitir la menor particularidad. Conversando así, seguían la orilla del Támesis en donde á la sazón se reflejaban los argentados rayos de la luna.

— Si, exclamó Peter alzando los ojos hacia aquel mundo misterioso, favorito de los enamorados poetas, si, estoy seguro que ha habido noches que ese astro ha sido testigo de mis tormentos y me ha compadecido. Simpton se maravilló del temible influjo que ejercía miss Jane en el ánimo de Croogh cuando le ocurría la idea de pensar en la luna.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### ABEN-HUMEYA: ALVAREZ BOHORQUES.

Era en Andarax, pequeña villa de las nevadas Alpujarras, y mucho mas por el crudo invierno que á la sazón corría, y en la época de la insurreccion de los moriscos alpujarreños contra el poder de Felipe II.

Muchas y sangrientas batallas se habian dado entre ambos ejércitos, y no pocas de ellas habian sido ganadas por los serranos insurrectos, gracias á la entereza y saber de su proclamado rey Aben-Humeya. Este era nieto de Muley Aben-Humeya, un antiguo moro bautizado en Granada cuando la conquista, y se le habia puesto por nombre Fernando Valor, poseía el señorío de la villa de Valor, y era descendiente de la familia real de Fez, Córdoba y Marruecos, que se preciaba de tener por tronco de su árbol heráldico á la familia de Mahoma. Este don Fernando Muley (1) Aben-Humeya no se avenia muy bien con la servil sujecion del pueblo árabe español, que se creía por Alah llamado á gobernar de derecho. Así fué que pasados los rebatos del Albaicin y de la Alhambra, cuando ya operaban por

conocer su rostro inclinó su arcabuz y le dió la seña, porque Muley habia mandado se rindiese siempre á toda su familia. La seña era Aixka (1), y cuando Aben-Avó la hubo entendido bien, volvió á salir. Pues no habia corrido un cuarto de hora cuando volvió Aben-Avó; pero esta vez no venia solo. Acompañábanle el feroz Benalguacil y hasta veinte turcos bien armados. Entraron todos sin obstáculo por las primeras estancias, puesto que la guardia exterior tenia que abrir paso á quien daba el santo, y Aben-Avó les daba á todos los guardias.

Llegado que hubieron al cuerpo de guardia principal, los turcos que seguían á Aben-Avó, se echaron de repente y cimitarra en mano, sobre los que dormían, y los prendieron y maniataron sin resistencia. Mientras



las serranías algunas bandas de monfies (2) y rebeldes, con no poca admiracion de los principales de Granada, abandonó el honorífico cargo de veinticuatro que desempeñaba con mucha aceptación en el ayuntamiento de la ciudad, y aprovechando el silencio y oscuridad de la noche, corrió á ponerse á la cabeza del levantamiento. Su unánime aclamacion de rey de Granada por los moriscos no les dejó arrepentirse un punto de su eleccion. Organizó aquellas feroces bandas de ladrones, las dividió y subdividió en tercios y compañías, escogió buenos gefes y estableció un vasto sistema de ofensa y defensa por todas las serranías hasta el punto de dar no poco que hacer á los generales mejores de Felipe II, que á la postre de numerosos desastres pudo dividirlos y sujetarlos despues con los buenos tercios que trajo de Nápoles, mandados por el insigne don Juan de Austria.

Era el rey Aben-Humeya de muy apuesta figura, ojos grandes rasgados, color muy moreno y poca barba, como que apenas contaba á la sazón veinte y dos años.

Hallábase, como llevamos dicho, en la villa de Andarax, donde tenia su real, corriendo cañas, jugando sortijas, y envolviendo en la gritería de las zambras y torneos los ecos de sus victorias. Aben-Avó, primo de Aben-Humeya y celoso de sus triunfos, le vigilaba de cerca, y ayudado del feroz Benalguacil, general de los moriscos, tramó con una banda de turcos auxiliares recién llegados, una intriga para quitarle la vida y sustituir en el trono al mismo que con su saber lo habia levantado.

Dormía Aben-Humeya en su lujosa estancia, y llamaban el sueño sobre sus sentidos dos hermosas moras sentadas cabe su lecho, la una acariciándole el rostro y la otra contándole los triunfos de sus mayores, los reales Aben-Humeyas.

Era media noche, todos dormían en Andarax y fuera de los numerosos retenes que celaban las avenidas de la villa, solo vigilaban en ella los guardias de Muley. Al fin durmióse tambien el oriental señor y las moras con él.

Habia desde la entrada del palacio hasta la estancia en que dormía Aben-Humeya un numeroso cordon de guardias que le custodiaban; pero durante las noches no habiendo que temer de los mismos que le defendían, retirábanse muchos y solo quedaban vigilando algunos pocos. A la hora de que hablamos presentóse en el palacio real Aben-Avó, general de los moriscos y primo de Muley. Detúvole el primer centinela; pero al re-

esto sucedia, Aben-Avó, Benalguacil y algunos moros y turcos, penetraron hasta la real estancia, donde dormía el rey. Los guardias interiores, ignorantes de lo que andaba, abrieron paso al primo del rey, á quien como á todos los de su familia habia mandado Muley dar siempre paso franco. Penetrado que hubieron estos traidores hasta la antesala del rey, Aben-Avó y Benalguacil se introdujeron en la estancia que mentamos poco ha. El rey y las dos moras dormían profundamente. Benalguacil sacó de debajo de su camisa morisca un cordel, que dió á Aben-Avó, y este, echando un nudo flojo corredizo, se acercó con mucho tiento á Muley, para echársela al cuello; levantóle muy despacio la cabeza, y cuando acababa de colocar á su gusto el dogal, despertó Muley, abrió los ojos, vió á Aben-Avó y Benalguacil, y sintió en su cuello la aspereza del cordel.

— ¿Qué es esto, dijo el rey, infames hijos del Profeta, á qué venís, queréis matarme?

— Si, dijo impasible Aben-Avó. He aquí la prueba de tu crimen, traidor; y así diciendo, mostró á Muley unas cartas que llevaba.

Muley las miró y dijo: ¡Ah! leales hijos del demonio! El fuego de la maldición abraza la mano traidora que trazó estos caracteres para buscar el pretexto de mi muerte. ¡Yo en tratos de venta con los cristianos, cuando abandoné por vosotros mi rico señorío de Valor, mi veinticuatria de Granada, y mi familia! ¡Alah grande haga se os dé en vida el pago que á mí me dais, y os consuma despues de la muerte con el fuego de los malditos del Profeta!

Las moras despertaron, y llenas de espanto empezaron á alarmar con sus gritos; Aben-Avó y Benalguacil, que no estaban para andarse en dilaciones, puesto ya el pié en la primera escalera de su crimen, sintiendo ruido de gente que llegaba, se dieron prisa y ahorcaron inhumanamente al infeliz Aben-Humeya. Este es el único modo con que pagan los hombres al que mejor los sirve.

La gente que acudia llegó, ahorcado ya el rey, y eran los turcos traidores que venían de apresar y maniatar á los últimos guardias de Aben-Humeya. Benalguacil se inclinó entonces ante Aben-Avó, y le besó la mano, en prueba y señal de pleito homenaje al nuevo rey. Todos los conjurados que entraban fueron haciendo lo mismo, y jurado que le hubieron todos. Aben-Avó los arengó, les infundió aliento, y mandó le siguiesen á la plaza de Andarax.

Despuntaban los primeros rayos de la aurora, y

(1) Muley, en arábigo, rey.

(2) Monfí (en morisca algarabía) salteador en despoblado.

(1) La hermana del Profeta.



Aben-Avó mandó tocar leñes y añales para llamar gente. Reunieron de pronto en la plaza, tomando la algaraz de Aben-Avó por señal de algún rebato, hasta dos mil moros de todos sexos, clases y edades, y empezó a susurrar el asesinato del rey. Los cómplices de Aben-Avó, que traían hacia tiempo aquel negocio entre manos, esparcieron por las turbas, y haciendo creer traidor al ex-rey, y sobre todo ofreciendo cuantiosas mercedes á nombre del nuevo señor, consiguieron todo lo que querían, que no era otra cosa que acallar el primer grito de los que quedaban fieles á Muley.

Cuando á Aben-Avó pareció que todo iba bien, subióse, seguido de algunos, á un tablado que de antemano se había preparado, y valiéndose diestramente para desacreditar al ex-rey de los medios violentos que á este habían valido para sujetar su ejército, dijo así: «Valerosos capitanes, soldados y pueblos que me escucháis: el traidor acaba de morir. ¿En dónde estais, nobles generales, que el traidor mató ó desterró? ¿dónde están vuestras banderas, que al aire de sus ondeos ahuyentaron un día las nubes que embozaron las sacrosantas lunas de Mahoma? Vosotros, sombras de los que fueron ó brazos de los que son, venid á santificar la mas noble de las hazañas de vuestro pueblo. Zarra, Gironcillo, El-Derrí, Aben-Vail, Rocaimé y tantos otros, que la tiranía de Aben-Humeya sacrificó, venid á uniros á vuestro pueblo armado, que hoy se levanta mas valiente, como el águila real que ha roto con sus potentes alas la estrecha jaula en que se creyó aprisionarla, y se lanza al empuje hasta donde humanos ojos no la alcanzan. Venid, todos vosotros, víctimas del maldito hijo de Alah, venid. Vuestros hermanos os esperan. Vosotros no venis perdonados, porque vuestro hijo al tirano no fué falta, y solo en la falta cabe perdon. Vosotros venís á ser nuestros mejores amigos. Soldados moros, ahí teneis las mejores pruebas contra el traidor. En esas cartas vereis los tratos que traía el espúreo Muley entre manos con nuestros tiranos enemigos. ¡Leed y hablad!!!»

Diciendo esto tiró Aben-Avó entre la multitud que le cercaba, las cartas supuestas que había enseñado al rey por justificar su crimen y que con todo estudio había hecho preparar. Corrieron de mano en mano y aquello fué el último rayo que consternó á los que aun dudaban de Aben-Avó. Un grito unánime resonó en toda la plaza. Los emisarios entre la muchedumbre gritaron: ¡Viva Aben-Avó, el ilustre rey de Granada y Andalucía! y este grito repetido de calle en calle, y de pueblo en pueblo decidió en favor de Aben-Avó todas las comarcas rebeldes en pocos días.

Arrebatados los moros de Andarax á la voz del nuevo rey y en vista de las cartas, que leyeron pertenecientes á Muley corrieron hacia Aben-Avó gritando: ¡Viva nuestro libertador! ¡Viva el redentor de nuestra causa! Vistiéronle una marlotá color de púrpura, pusieronle en la mano izquierda una bandera de guerra y en la derecha una larga flecha, y llevándole en hombros por toda la villa le aclamaron por rey entre infinitos vivas.

A este triunfo no poco habían contribuido los cómplices de Aben-Avó; este, aunque arrebatado de entusiasmo, discurría bien y sabía que el edificio de su prosperidad necesitaba un cimiento mas firme que aquellos aplausos arrancados á una multitud, mitad imbécil y mitad ambiciosa, y por lo tanto pensó que aquel primer entusiasmo le venia bien para dar un buen golpe de mano á los cristianos, y por este medio oscurecer de alguna manera el recuerdo de los triunfos del ex-rey.

Despachó, pues, sobre la marcha para Argel al moro Orcaimé, pidiendo socorro y mandando al rey de Argel con osada presunción que las tropas que le mandase las debía dirigir para desembarcar al inespugnable pueblo Castil-de-Ferro, que se hallaba en buen punto de la costa y por los cristianos. Para salir con honra de su jactancioso mandato determinó poner bajo su dominio dicho puerto; pero antes decidió posesionarse de Orjiva, presidio fuerte de los cristianos y que necesitaba para establecer escala de ofensa sobre Castil-de-Ferro.

Para conseguir esto, despues de haber hecho muchos nuevos nombramientos entre los suyos, marchó con el grueso de sus entusiastas tropas sobre Orjiva, pues conocía demasiado bien el carácter mudable de los moros y sabía que era tan fácil ganarse su idolatría con un grande hecho de armas por medio del entusiasmo, como atraerse la muerte por medio de una reaccion en los ánimos.

Nombró á sus secuaces Barbúz, Arrendate, Carcáx y Macóz gefes de la vanguardia, fuerte de diez mil hombres. El guardó para sí la direccion del grueso del ejército, y á su general El-Dalí dió la retaguardia. Al llegar las avanzadas de la vanguardia al barranco Tarrascon, dieron con una partida de cristianos, que de Orjiva habían salido y querían hacer convoy. Los cristianos fueron terriblemente atacados y hechos pedazos sobre la marcha á pesar de su viva resistencia. Solo tres de ellos se salvaron para llevar á Orjiva la nueva de la terrible tormenta que amenazaba á la guarnición.

Todos temblaron en la villa, nadie acudia á las armas y solo se pensaba en capitular dejando salvas las vidas. Esto supo el capitán Francisco de Molina, que mandaba en ella, y en vano arengó al pueblo y quiso tomar las armas. Todos oían y callaban desalentados; no faltaba quien, contando con el desaliento de la misma guarnición, aconsejaba que se prendiera á Molina y se capitulase á su pesar, y si era preciso

á costa de su vida. En tan críticos momentos, cuando todo anunciaba el desaliento general y la consternación de los mismos soldados, presentóse á Molina un capitán, que hallándose en marcha camino de Granada, supo el apuro de la villa y en lugar de seguir, como tenia que hacer, su ruta lejos de Orjiva, entró en la plaza con su gente para defenderla y morir con el infortunado Molina. Llamábase este capitán famoso, Juan Alvarez Bohorques, y él fué el único que arrastrando su tropa con su prestigio, quiso morir peleando con el infortunado gobernador.

Entró en la villa, no sin gran peligro de dar con los moros, y al divisarle los centinelas de la muralla dieron aviso de socorro. Todos corrieron á los muros y al ver relucir en lejanía las armas de la cruz, creyeron que desde Granada se les socorría. Entonces los antes mas cobardes corrieron á las armas y procuraban borrar con mas desahogados vivos el recuerdo de su cobardía. Los cristianos se acercaban, Molina impasible salió al muro, y allí estuvo hasta que los viera cerca.

—¡Quien vive! gritó entonces Molina.  
—¡España y la cruz! dijo el que los mandaba.  
—¿Qué tercio?  
—La compañía de Juan Alvarez Bohorques.  
—¿Nada mas? dijo presuroso Molina.  
—Nada mas, respondieron.

Todos sintieron entonces el haber tomado las armas. Bien hubieran querido los que mas habían victoreado no haber sabido la llegada de la compañía; pues en tal caso se hubieran guardado de aparentar un valor de que carecían.

Abierto un portillo, la compañía entró, y Molina abrazó al bizarro Bohorques.

—¿A qué venís aquí? dijo Molina tristemente.  
—A morir á vuestro lado como buen capitán, ya que no os pueda salvar como general. A mas que yo tengo en este pueblo algunos feudos, y justo es que muera defendiendo lo que mis padres me dejaron. Mis feudatarios deben prestar vida y hacienda á su señor, y yo, que lo soy suyo, quiero que la mía con las suyas sean dadas por guardar á nuestro rey la villa contra sus impíos enemigos. Esto cumple á mí, capitán Molina; y esto viene á hacer á Orjiva vuestro mejor amigo y soldado.

—¡Viva Alvarez Bohorques! gritaron muchos del pueblo al escuchar tan heroicas palabras.

—¡Viva el rey y guerra á los moriscos! repuso fuertemente Alvarez Bohorques.

—¡Viva, viva! ¡armas, armas! gritaron todos.

Entonces el veterano Molina se arrojó en los brazos de Bohorques y sollozando de entusiasmo le dijo: ¡Gloria á vos y á vuestra sangre!

Un grito de entusiasmo unánime envolvió las últimas palabras del capitán gobernador. Una espesa muchedumbre cubrió de repente las crestas de las cercanas montañas. Las medias lunas y las jacerinas de la caballería africana brillaban á lo lejos y multitud espesas invadían las faldas de las colinas como un torrente de luces y colores movibles que se despeñaba. La bárbara algarabía de los infieles se distinguía, y los gritos de ¡Alah achbar! resucitaban despues de tantos años los ecos de matanza de los infieles por aquellas concavidades. Estaba enfrente de Orjiva la retaguardia de Aben-Avó y empezaba la noche.

—¡Santiago y cierra España! ¡á morir por el rey! gritaron los de la plaza, y muchos corrieron á las armas.

Molina distribuyó la gente por los puestos. Alvarez Bohorques con sus feudatarios y su compañía aceptó entusiasta el portillo mas débil, por donde la morisma debía atacar. Se construyeron defensas, fosos y caballos de frisa durante la noche. Se almacenó todo el trigo del diezmo y del comun, se pusieron á hervir calderas para el asalto. Al romper el alba había encunipado Orjiva su defensa. Tres adalides se mandaron camino de Granada para avisar á don Juan de Austria de lo que en Orjiva andaba, y Dios quiso que los tales rompiesen sin ser descubiertos en la oscuridad el cordón de vigilancia de los moriscos. A los que andaban mas tímidos púsose á buen recaudo para que no desalentaran á los demas.

Pues todo apercibido en esta forma, no esclareciera bien la aurora cuando una inmensa turba de moros se adelantó en orden regular sobre la villa. El ardiente y sanguinario Arrendate, general de la vanguardia enemiga, quiso para sí solo ganar toda la honra de la jornada y con su gente embistió la villa armado de su superior esfuerzo y bien provisto de escalas, arcabuces, garfios y lanzas de asalto. Como quien bien entiende en asuntos de guerra, supo elegir el parage mas bajo y menos flanqueado del muro, que no era otro que el portillo que Bohorques defendía. Acudió á su defensa buen golpe de gente; pero el capitán los hizo retirar, conociendo lo embarazoso que serian muchos donde había que pelear con maestría. Quedóse solo con su gente, y esperó sin disparar arcabuz ni tirar flecha ni piedra la llegada de los de Arrendate. La gente de Bohorques esperaba impaciente la orden de su capitán para disparar. Ya los moros con atronadora algarabía ponían las escalas, mas decididos cuanto mayor era el silencio de la gente de las murallas, que creían desalentada. El mismo Arrendate llegó á poner su pié en una de las escalas, y su gente entusiasmada tocaba ya con sus manos las almenas, á la espalda el arcabuz y en la boca la guma. Entonces Bohorques tomando un arcabuz apuntó á Arrendate y disparó. Esta fué la señal. Un

terrible nutrido fuego de arcabuceria se rompió á la muralla; muchos moros caían rodando, y despedazándose al caer, alguno hubo que tocando ya las almenas fué cogido por los del muro y degollado con su misma guma. Los moros gritaban desahogados y disparaban sus escopetas y arcabuces: los de la plaza disparaban sin vocear. Todo era confusion y muerte entre el espeso humo y el estruendo que atronaba progresivamente los varios ecos de las rocas vecinas.

Carcáx, Macóz y Barbúz que esto vieron y oyeron, acercaron otro buen golpe de gente á la muralla en socorro de los de Arrendate y parte de ellos atacaron por otros puntos. Toda la vanguardia morisca entró en pelea. Molina corria todo el muro, los de Orjiva, metidos ya en la sed insaciable de la gresca, nada oían, nada veían, nada pensaban mas que en la manera de matar mejor. Moro hubo á quien lanzaron los del muro á la parte de adentro de la plaza para que á los niños y mugeres no les faltase que hacer por las calles.

Estando así encendida la pelea mandó Bohorques traer las calderas de aceites y resinas que hervían con un rumor infernal. Acercáronse á la muralla y por medio de palancas derramaron todas aquellas materias abrasadoras sobre el tropel de los moros, que caían abrasados. El ejemplo de las calderas se siguió por todo el muro, y los moros, heridos, mutilados, abrasados y despedazados en gran parte, empezaron á cejar y á retirarse en grandes pelotones, si bien la gritería no cesaba. Los fosos se vieron despejados de los que asaltaban aun, y entonces pudo verse el estrago que sufrieron. Las lombardas, cargadas de metralla hasta la boca, acabaron de espantar los últimos restos de los mas valientes, que aun sentían dejar las escalas. Alguna gente de la plaza salió por un portillo, acalorada en la matanza, y se lanzó contra algunos fugitivos pelotones. Molina llegó á contener su arrojé cuando era tarde.

Apenas desembocaron los de la plaza, y se hallaban ya á alguna distancia sin atender á las voces de Molina, acometiéndolos al escape una banda de ginetes herberiscos, sedientos de venganza. La gente de Orjiva fué desordenada y la caballería empezó á acuchillarlos sin compasion. Saltó Molina la muralla y algunos con él, abrióse el portillo de Bohorques y este con su compañía siguió á Molina para salvar á los vencidos. Llegaron á tiempo para salvar á la mayor parte. La infantería morisca que huía volvió sobre ellos de repente, dando terribles alaridos. Molina y Bohorques ordenaron lo mejor que pudieron sus gentes y empezaron á retirarse en orden. La caballería africana los apretaba mas y mas, la infantería acudia sobre ellos con nuevo ardor y mayor gritería. A costa de bastante pérdida pudieron embocar por un portillo con algunos moros, que fueron en las calles degollados. Los moros se saciaban con horrible furor, hundiéndose sus gurias cien veces en los cadáveres que habían dejado fuera los cristianos. Los muros, entrados ya los de la plaza, tornaron á vomitar la muerte sobre los moros. La caballería morisca huyó, pero la infantería volvía á los muros mas tenaz. Siete horas llevaban los moros sin comer, peleando y sufriendo una horrible carnicería; pero redoblaban mas su furor. Nuevos gritos de matanza, nueva algarabía cada vez. Bohorques y Molina subían otra vez al muro.

—¿Qué diablo animará tanto á esta gente? dijo Molina á Bohorques.

Este alzó instintivamente la vista hacia los montes cercanos.

—¡Mirad!.... dijo Bohorques señalando á las montañas.

Una nueva é innumerable muchedumbre de armas y gentes poblaba é inundaban las vertientes de los montes. Era el grueso del ejército, que con el mismo Aben-Avó á su cabeza llegaba sobre la desventurada Orjiva.

En tanto que esto acaecía en Orjiva, llegaron á Granada los adalides, y notificaron á don Juan de Austria lo que había. Este, que ya tenía noticias de todo lo ocurrido en Andarax, sabía del socorro que Aben-Avó pidiera á Argel y su jactanciosa esperanza de tomar á Castil-de-Ferro, metió en esta fuerza buenos arcabuceros que la guarneciesen y mandó salir contra Aben-Avó al duque de Sesa á la cabeza de 6,000 infantes y 300 caballos, con orden absoluta de socorrer á Orjiva ó morir. Sesa salió de Granada con mejor ánimo que salud; pues al llegar á Acequias se vió acometido de la gota que le aquejaba. Proveyó don Juan á este percance mandando para reemplazar al duque á su mismo ayo, don Luis Quijada; pero Sesa, un tanto picado por este nombramiento, rompió con su gente, enfermo y achacoso como estaba, sobre la morisma que estrechaba á Orjiva. Mandó al capitán Vilches con 800 hombres de vanguardia para que á toda costa metiera en Orjiva el socorro de su gente y la noticia de la llegada de los demas. Tras de él mandó 1,000 buenos soldados, y el duque de Sesa se puso en marcha con los demas. Los adalides de Aben-Avó corrieron de puesto en puesto la noticia, y este, que no se dormía, mandó á Arrendate, El-Dalí y á Nucen, general turco, despedazasen al enemigo mientras él proseguía los asaltos sobre Orjiva con buena parte de los suyos.

Los generales que fueron sobre los cristianos, se dieron tan buena maña, que habiendo hecho romper al general morisco Macóz, desde una emboscada, sobre las gentes de Vilches, las tomaron tal ventaja, que á estas y á los 1,000 hombres, que llegaron, condujeron á un barranco, de donde no podían salir y se



estaban dejando hacer pedazos. Casi todos los cristianos cubrían, heridos ó cadáveres, la tierra cuando llegó el duque de Sesa. Sus soldados fatigados por la marcha y desalentados por la derrota de sus hermanos entraron en pelea con menos esfuerzo del que convenia y comenzaron á cejar. Entonces el duque, para quien aquel trance era la prueba de su honra, dominando sus dolencias, se lanzó arengando á sus soldados, que le siguieron avergonzados, sobre la morisma victoriosa. Mucho tuvo que hacer; pero despues de largas horas de cruda pelea, cuerpo á cuerpo y arma á arma, pudo arrollar de sus primeras posiciones á los insurgentes. Entró entonces en pelea y de refresco con sus gentes don Juan de Mendoza, y la victoria fué de los cristianos desde la primera embestida. El campo cristiano se rehizo en tanto, recogieron los heridos y Sesa despues de haber salvado el ejército, emprendió una buena retirada en orden hácia Acequias, desde donde mandó sus innumerables heridos á Granada.

En tanto que estas cosas pasaban en el campo del duque de Sesa, sucedian otras mas sangrientas bajo los muros de Orjiva. Aben-Avó la dió tres mortíferos asaltos sucesivamente, pero sin fruto. Empero la villa no podia tenerse mas. Faltaron ya los víveres por la mucha poblacion, y como la plaza habia sido acometida tan de repente y con mas gente de la que nunca se hubiera podido esperar, carecia de municiones. Cargáronse las lombardas de los muros con cuanto hierro se pudo hallar, luego con piedras, y hasta con los huesos de os animales que se habian muerto para el sustento. Aben-Avó prosiguió con teson. Las tropas moriscas se movian otra vez sobre la plaza para darla el quinto asalto y marchaban como siempre sobre el portillo que defendia Bohorques. La arcabuceria jugaba poco por falta de balas, la artillería no podia servir por lo mismo, y los sitiados, sostenidos tan solo por el noble ejemplo de Molina, tenian que esperar á los moros para luchar al arma blanca. Ya los moros ponian las escalas y subian á los muros. Mucha gente se arremolinaba para defenderlos; pero era en vano; porque sin poder hacer fuego los sitiados, se veian acosados por los asaltantes que lanzaban sobre ellos, protegiendo la escala espesas granizadas de balas. Bohorques habia desaparecido y muchos insurgentes peleaban ya de la parte de adentro del muro. Los de la villa se defendian, porque sabiendo que los moros no daban cuartel, preferian morir matando. En tan apretado apuro apareció Bohorques en el portillo seguido de sus gentes que traian en andas muchas alhajas de plata y oro. Se fué á sus lombardas y mandó cargar. Mandó echar á falta de metralla toda aquella riqueza de oro y plata y disparó sobre los moriscos arremolinados ya cabe el portillo. Volvió á cargar y disparar; la morisma viendo que aun tenian metralla los sitiados se desbandó y empezó á cejar. Llegó Molina junto á Bohorques y admirado de verle jugar sus lombardas le dijo:

—¿Dónde hay metralla, capitán, que los moros atacan por Poniente?

—Es la vajilla de plata de mi casa y vuestra, buen amigo, id allá; que aun podrá quedar algo con que escarmentar á estos infieles.

Molina y todos quedaron absortos ante tan grande generosidad y abnegacion por su rey. La morisma huía por quinta vez desordenada: los ricos vasos y bandejas de oro y plata hechos pedazos herian malamente á los moros, que se alejaron despavoridos. Muchos moros que habian entrado por las calles matando fueron hechos pedazos y Aben-Avó, noticioso de la proximidad del duque de Sesa, que venia á desembocar en el valle de Orjiva, y creyendo la villa mejor abastecida de lo que en realidad estaba, abatió tiendas y se fué con todo su ejército á Lanjaron para hacer frente al de Sesa, que venia sobre él.

Un grito sublime de gloria y alegría resonó dentro de los aporillados muros de Orjiva. Una débil villa, presidio casi despreciable, acababa de abatir el orgullo de toda la morisma de Andalucía.

—¡Gloria al generoso capitán Juan Alvarez Bohorques! gritó Molina al entusiasta pueblo que los rodeaba.

Bohorques sin inmutarse interrumpió así:

—¡Gloria á Dios, al rey y á todos los defensores de Orjiva y nada mas!

Bohorques era leal y todo lo sacrificara no para que le victoreasen sino porque él creia que un noble lo debe todo á su rey. Esta grandeza de alma, tan generosa abnegacion de poner la propia gloria por alfombra á las plantas de su rey era en tales tiempos tan poco imitada, como digna de imitarse.

Lejos ya los moros, llegó orden á Molina para transportarse con su tropa y moradores de Orjiva á Motril. El pueblo recibió este mandato con entusiasmo, claváronse las peores piezas y otras se enterraron, y las gloriosas gentes de Orjiva entraron poco despues en Motril, bandera desplegada, y llevándose la absorcion y pasmo de toda la cristiandad española.

Ahora bien, habiendo recorrido, aunque bastante á la ligera, algunas de las glorias de época tan remota, descendamos á la época presente, en la cual si sobran por desgracia ejemplos vergonzosos de descarados vicios y mezquina ambicion, tampoco faltan algunos rasgos de gloriosa solicitud por el bien de la humanidad.

No hace muchos dias que buscando al azar la casa de un encuadernador, atravesamos la ignorada y de-

sierta callejuela de la *Sarten*. A la puerta de una casa de blason titular, vimos reunida una numerosa falange de pobres, que esperaban á nuestro parecer algun socorro.

Poco acostumbrados á ver en el dia ejemplo alguno de caridad, y menos en casas que tengan semejanza con palacios, preguntamos si aquella era alguna casa de refugio, ó lugar en donde se cumpliera para con los hambrientos una manda de algun rico moribundo, que se acordó solo de su deber cuando oyó rechinar por él los cerrojos del infierno.

Se nos contestó que no. «Esta es, nos dijeron, la casa de la señora duquesa de Gor. Dos veces en cada semana da comida á costa suya á los pobres, que la colmamos de bendiciones. Nosotros venimos hoy á recibir el bendito pan que nos alarga la generosa mano de esta maternal señora.»

Lágrimas de júbilo se agolparon á nuestros ojos. Habiamos visto figurar el ilustre nombre de la escelsísima duquesa de Gor, como protectora de asilos de horfandad hospitalaria en muchas pomposas listas, y al lado de otros títulos pomposos; pero cansados desde que nos ilumina alguna razon, de ver tantos poderosos nombres, impresos únicamente para hacerse leer y ser el sarcasmo de una beneficencia, que los que los llevan desdeñan ó desprecian, no nos habia ocurrido inquirir los secretos rasgos de virtuosa humanidad de esta señora. Enemigos encarnizados de la adulacion, y amigos siempre de presentar al mundo el honor y la virtud donde quiera que se esconde, nos tomamos la libertad de consignar un ejemplo de heroismo de nuestros dias, despues que hemos referido otro no menos grande de remotos tiempos. Ambos ejemplos de generosa abnegacion envuelve el apellido de Alvarez Bohorques, y fuera en verdad indigna injusticia decir como el capitán Juan Alvarez rechazó con la metralla de sus riquezas á la morisma sobre Orjiva en 1570, y luego pasar en silencio la generosa manera con que alivia el hambre de los pobres en el del 1830 la señora que lleva el título de ese apellido, y que nos enseña con proceder tan generoso que no se cifra la grandeza de una familia en la sonoridad pomposa de un título de Castilla.

URBALDO PASARÓN Y LASTRA.

#### CAUSA CELEBRE HISTÓRICA.

##### CARLOS I, REY DE INGLATERRA,

condenado á muerte por sus súbditos.

El infortunio de este príncipe valeroso le ha hecho interesante á la posteridad.

Nació en Escocia el 19 de noviembre de 1660. Fueron sus padres, Santiago VI de Escocia, de la casa de Estuardo, y I de Inglaterra, y Ana, hermana del rey de Dinamarca Cristian IV.

Rudo y fiero en su primera juventud, hábil para todo, tornóse dulce, moderado y afable, como si le pareciese que la corona que un dia debia ceñir requiriese otro hombre menos entregado á las fatigas corporales.

Muerto su padre, solemnizándose todavía su boda con Enriqueta, hermana de Luis XIII de Francia, quiso desde luego hacer la guerra al emperador de Alemania, al rey de España y al duque de Baviera, que habian despojado á su cuñado Federico, elector del Palatinado; y convocó el parlamento, que disolvió á poco porque se opuso á su designio negándole subsidios. En vano convocó otro en 1626, disuelto como el anterior; sufriendo igual suerte un tercero que reunió el año 28, y que llevó su hostilidad al extremo de censurar acremente los actos de su soberano, y de quererle privar de los principales tributos. Tales fueron los principios de un reinado que acabó tan funestamente para Carlos.

La pérdida de la soberbia flota que equipó para socorrer á la Rochela, causa fué tambien del descontento público, mas y mas aumentado al pasar 15 años sin convocar el parlamento.

El nacimiento en 1630 del príncipe de Gales, despues Carlos II, no calmó el disgusto del país, á que tanto contribuyeron la bondad natural de los reyes de la casa de Estuardo, la antigua disension entre Inglaterra y Escocia disputándose la primacia, y variedad de religion y de sectas.

Pero otro fué el motivo capital, y aun único, del infortunio de Carlos; la ambicion de Cromwell.

Describamos este importante personaje.

El dia 3 de abril de 1603 fué el último dia que vió la reina Isabel, y el primero para Oliverio Cromwell.

En el tío de su padre, simple aldeano, comenzó á sonar el nombre de Cromwell. La proteccion del cardenal Wolsey, favorito de Enrique VIII, le valió, por su disposicion y aire imponente, un asiento en la cámara de los comunes. En desgracia su Mecenas, lejos de serle leal, la precipitó elevándose al ministerio y haciéndose á toda costa duque de Essex. Encausado por sus crímenes, murió á manos del verdugo.

Oliverio mostró tempranas y felices disposiciones, y progresó en las ciencias y bellas letras. Pero si cautivaba su talento, su fisonomía no hacia traicion á sus sentimientos, y cuantas personas notables le conocieron durante su educacion, presagiaron mal de su ingenio. A los 17 años era admirado en la universidad de Cambridge por su saber en la filosofía y matemáticas,

por su elocuencia y comprension. De voz clara y sonora, de pronunciacion dulce y fácil, accion digna, y feliz memoria, su serenidad y su aire persuasivo llevaban la conviccion á sus oyentes.

Llegó á oídos del rey Santiago su reputacion en las ciencias, y deseó conocerle, tan aficionado como era á las bellas letras. «Nadie me ha hablado en latin, dijo el rey despues de la entrevista, con tanta elocuencia y facilidad.» Y le regaló su retrato, presente muy apreciable por raro en aquellos tiempos, haciéndole ademas doctor.

A poco de empuñar el cetro Carlos, fué presentado Cromwell, á quien recibió con mucha frialdad, como si presintiese el porvenir. En la Rochela, adonde acompañó al duque de Buckingham, su protector, peleó con denuedo, y contempló tranquilo la tempestad que levantó el parlamento contra el que le dió á conocer.

Pudo ir á Francia en compañía del embajador, conde de Edmond, quien le presentó al cardenal Richelieu, que se prendió de sus conocimientos. Allí se dedicó á la equitacion, gimnasia y manejo de armas, á la arquitectura y escultura, en su avidez de saberlo todo, por multiplicarse, como decia. Trató íntimamente á los personajes mas ilustrados, que al verle tan versado en la lectura de los libros sagrados, le creyeron eclesiástico. Aficionado á todos los libros, nunca lo fué de Maquiavelo. ¿Es que no habia diferencia entre el temple de alma de ambos? Los predicadores mas célebres, cuyo trato estrechó, le juzgaron destinado á causar una revolucion en materias religiosas, siendo tal su sagacidad y tan refinada su hipocresia, que siempre quedaron en duda acerca de sus opiniones.

Vuelto á su patria, compuso una obrita sobre los rasgos de la política del cardenal Richelieu, y de Maria de Médicis, su víctima.

Pensó en casarse, y su madre le propuso una señorita de raras prendas, pero de fortuna escasa: «Madre mia, la dijo, el nacimiento y la belleza de esa jóven me son muy apreciales; pero no traerian ventaja alguna á mi casa. Los que se casan pobres, se empobrecen mas y mas para siempre,» y al fin se unió con la hija de un baron, de mediana fortuna; pero en extremo insinuante.

Pariente, aunque lejano, del obispo de Lincoln, ministro de Estado, muy querido del rey, empleó con tan feliz éxito su arte de decir lo que queria, y como queria, que ganó enteramente su corazon. Presentado de nuevo al rey, fué mejor recibido esta vez, y obsequiado y recomendado al príncipe de Orange, en Haya, á quien pareció muy mal su fisonomía, tratándole, sin embargo, como merecia la carta de Carlos.

Hizo en calidad de voluntario la campaña de Holanda, apellidado en ella el soldado teólogo por sus conversaciones religiosas. A su regreso estuvo á pique de perecer, y cuando se salvó, dijo que el cielo le reservaba para una empresa grande.

Por hacer carrera á la sombra del obispo de Lincoln, se hizo eclesiástico. Consagrado todo al ministro, muy dispuesto á su favor por su muger, de quien era muy afecto por su viva imaginacion, sus maneras interesantes, y sus gracias, se hizo un gran partido á fuerza de hipocresia, en que ella le ayudaba á las mil maravillas. Ambos se distinguían por su fervor religioso, por sus actos de piedad, dando á todo lo que hacian un tono que solo ellos podian dar. Hasta lágrimas hacian derramar sus exhortaciones. Aspirando así á las dignidades de la iglesia, no olvidaba la milicia su ambicion, tan apto para uno como para otro estado. Sin otro pensamiento que elevarse, su doblez á todo se acomodaba.

Los obispos de Escocia, á quien el padre de Carlos habia vuelto su primitivo esplendor, sometieron á la aprobacion de Carlos una liturgia distinta en algunos puntos de la de la iglesia anglicana. Obtenida, previo exámen de algunos prelados anglicanos que el de Lincoln presidió, y en cuyas conferencias se distinguió Cromwell, se apresuró á publicarla el obispo de Edimburgo. Tan mal recibida fué, sin embargo, que se pidió al rey con calor la abolicion del episcopado. Para calmar la agitacion de los escoceses, se echó mano de Cromwell, como el mas á propósito por su carácter flexible é insinuante. Pero en vano: fanatizados con la variacion indicada, abolieron el episcopado, fulminando excomuniones y anatemas contra los obispos, y los que hiciesen su causa, y declarándose en abierta rebelion. En vez de reducirlos á la obediencia con el superior ejército que reunió, se limitó la bondad de Carlos á que el tiempo les hiciese reconocer su mala posicion, y así sucedió. Pidieron y obtuvieron su perdón el año 39. Pero el rey licenció sus tropas contra el parecer de Cromwell, y los escoceses faltaron al tratado.

A fin de obligarles á su cumplimiento, convocó Carlos el parlamento, muy creído de que no le rehusaría subsidios, tanto mas cuanto que las principales familias de Escocia imploraban socorro. Pero, contra todas sus esperanzas, no les obtuvo á pretexto de exorbitantes, siendo la verdadera causa la seducccion empleada por los emisarios de Escocia.

Disuelto, por no prestarse Carlos á ceder de sus prerogativas á trueque de los recursos que necesitaba para la integridad del reino, y como la sedicion engrosase cada dia, convocó otro parlamento en 1640.

Por entonces tuvo Cromwell el designio de ir á Irlanda, y fué al lado del virey, que aceptó la propuesta



que le hizo el obispo de Lincoln. Preguntan lo al virey el obispo Williams si estaba satisfecho de Cromwell, le dijo: si os he de hablar con franqueza, vuestro primo tiene para los negocios de estado el talento suficiente, para los de la iglesia demasiado. Y en estos son muy confusas sus ideas, y no por falta de comprensión de su parte, sino por sobra de hipocresía. Me temo que dice lo contrario de lo que siente, y no me gusta su cara.

Sábelo Cromwell, y contesta con su dulzura de costumbre. «Mucho debo quejarme de mi mala estrella que me hace tan antipático á ese señor; pero confío en que mi conducta le hará cambiar de opinion.» Con igual mansedumbre respondió cuando se le dió conocimiento del mal juicio que había formado de él el primado de Irlanda. Si cambió ó no el virey de modo de pensar, dígalos el cadalso á que le llevó Cromwell en pago del trato que recibió durante dos meses.

Reúne el parlamento, que fué mas funesto al rey que los anteriores, por la general creencia de que no se había podido prescindir de convocarle. Bajo tan malos auspicios comenzado, y prevalido de la extrema necesidad que el rey tenía de subsidios para reprimir la rebelion escocesa, le pidió permitiese á las cámaras estar reunidas todo el tiempo que juzgasen conveniente.

El rey, deseoso de obtener la confianza del parlamento, concedióle su demanda, despojándose de la antigua prerrogativa de disolverle cuando quisiese.

Muerto el arzobispo de York, le reemplazó el obispo de Lincoln, resucitándose con este motivo la pretension del arzobispo de Cantorbery, aplacada por Isabel por las distinciones que concedió á esta prelación, entre ellas las del celibato, con la que no se avenía muy bien este arzobispo; cada contendiente trató de aumentar el número de sus partidarios, y por inutilizar el primero á Cromwell, de gran valor, le acusó de calvinista, y fué desterrado. A punto estuvo de tomar las armas y unirse á los descontentos el que solo era eclesiástico por ambicion, y se dedicó á estudiar las obras contra los reyes, dando así pábulo á su odio eterno contra la monarquía. En desahogo de su rabia, escribió una sátira violenta contra el arzobispo de Cantorbery, sacando á plaza su bajo nacimiento, llamándole papista, y desencadenándose con tal furia contra su liturgia, que á pesar de las protestas de su autor, los escoceses la quemaron indignados en la plaza de Edimburgo, y se declararon puritanos.

Ya no convenia á Cromwell el estado eclesiástico, y le dejó (por motivos de conciencia) decia su muger, que se dejaba ver en todas partes y cuya fácil persuasión era hija de sus atractivos y buen decir. A pretexto de defender las libertades públicas, se hizo elegir miembro de la cámara de los comunes, y pudo ya con esta investidura y de nuevo caballero, entregarse con mas libertad á su propósito.

El primer acto de la cámara en que tuvo mucha parte, fué la exclusion del virey de Irlanda, y del arzobispo de Cantorbery del consejo del rey, y su acusación de alta traicion contra la corona, la nacion, y la religion. Escluidos tambien de la alta cámara, y presos en la torre de Londres, tuvo el rey la debilidad de sacrificar al conde Stafford, decapitado en la plaza de Thouerhill el 30 de mayo (1640).

Pronto se arrepintió Carlos de su condescendencia que esperó aplacase las invasoras tendencias del parlamento. Envalentonado con el éxito de esta tentativa, Cromwell insinuó á la cámara que para asegurar á la nacion sus derechos, era necesario no dejar al rey otro poder que el que otorgaban á su dux los venecianos, el uso del manto real por todo atributo de su soberanía. Indicación tan atrevida fué cogida con aplauso, y sin tardar ejecutada en la abolición de los principales impuestos, en la prohibición de pertenecer los obispos á la alta cámara, y en la facultad de levantar tropas, si quiera fuese para rechazar una invasion estrangera. ¡Hasta este punto se anuló el prestigio y la autoridad soberana!

No satisfecho con esto el parlamento, se asoció á la rebelion escocesa acordándole cien mil libras bajo el título de socorro fraternal. En vano trató de oponerse la alta cámara á este desbordamiento peligroso. Violentada, envuelta se vió como el rey en el torrente de su furia.

Por mejorar de condicion, los irlandeses intentaron sublevarse como los escoceses ó ingleses. Desairado Carlos en su petición de fuerzas para someterles, pasó á Escocia, donde por un exceso de bondad, en un monarca vituperable, se desprendió de prerrogativas anexas á la soberanía. Dotado de valor para la guerra, carecia desgraciadamente del que se necesita para gobernar en épocas revueltas, y Carlos, que hubiera defendido heroicamente su vida hasta perder la última gota de su sangre, no supo defender sus derechos de las agresiones del parlamento.

Cromwell, firme en su propósito de abatir al rey, publicó un libro titulado *La Samaria inglesa*, pintando á la corte con los colores mas negros. Ni en el periodo mas sanguinario de la revolucion francesa se ha declamado con igual violencia contra la autoridad de los reyes. No bastando á su perversidad el efecto que produjo este ponzoñoso libelo, dió á luz otro, *El Proteo puritano*, en que se ultrajaba con cinismo al parlamento y á los enemigos del rey de la iglesia anglicana, y que atribuyó á los cortesanos.

Descubrió el rey en Escocia que algunos diputados instigaban la revuelta, y les hizo acusar por medio de su abogado general. Pero denegado por su cámara el permiso de arrestarles, no solo quedó sin

efecto esta demanda, sino que dándose aquella por agravada, exigió el mando de la armada, la eleccion de los oficiales, y la custodia de la torre de Londres. No podia llegar á mas su desenfreno, y conociendo, demasiado tarde, el infortunado Carlos, el error de su primera concesion, resolvióse á resistir á todo trance los últimos golpes de sus implacables enemigos. Envió á Holanda á la reina, y á su hijo mayor, declarando despues que cuanto había otorgado había sido hijo de la violencia. Y sintiéndose inferior al parlamento, y juzgándose sin seguridad en Londres, agitado por aquel, retiróse á York.

Perseguidos por los parlamentarios los católicos trataron de defenderse en Irlanda, y degollaron mas de 13,000 ingleses allí establecidos, protestantes en su menor parte. Porque el rey permitió á aquellos reunirse para su seguridad, le culparon los parlamentarios de tan trágico suceso, por ellos provocado.

Sin otro recurso que la guerra en la disposicion que se hallaban los ánimos, trató el rey de apoderarse de Hull, plaza importante por sus almacenes de armas y municiones; pero su gobernador, nombrado por la cámara baja, le cerró las puertas. Sabe la nobleza, invitada ya, esta afrenta, y se apresura á reunirsele.

El parlamento declara que el rey hace armas contra la nacion, y temeroso de la influencia del bondadoso é intrépido monarca, convoca las milicias de Londres.

Aprestadas ambas partes, puso el rey sitio á Hull por vengar el desaire sufrido. A través de una granizada de balas, penetra Cromwell á la cabeza de doce caballeros que ofrecieron acompañarle en tan arriesgada empresa, y de tal modo hace sentir á los defensores el fuego de que estaba poseído, y hace tales prodigios de valor, que levanta el rey el sitio. Nombrale coronel la cámara baja, y comienza con este empleo la guerra. Los hombres grandes no han menester aprendizaje. Admirado el rey de que hubiese penetrado en Hull como un rayo, y de que hubiese combatido con tal impetuosidad. «Este hombre, dijo, no me ha gustado cuando era eclesiástico, y ahora que es soldado, me da en qué pensar.»

Retirado á York, fijó allí Carlos su corte. Alarmados los parlamentarios porque le fué presentado el sello real, Cromwell consiguió hacerles superior al respeto que tenía el pueblo á esta señal exterior de la autoridad del monarca, persuadiéndoles de que el parlamento imprimiria á otro sello la misma consideracion que había impreso la monarquía al antiguo. Con la esperanza de prósperos sucesos á todos halagaba; y con el título de *hermanos rojos*, creó un regimiento de mil caballeros escogidos que se disputaron servir á sus órdenes.

El rey invitó á sus súbditos á acompañarle en defensa de su persona, de las leyes, de la religion y del Estado. Numerosas sus fuerzas, dirigióse á Londres, y el 23 de octubre derrotó, despues de un reñido combate, al conde de Essex, y entró triunfante en Oxford con 112 banderas y todo el bagage enemigo. Costóle esta jornada 1,800 hombres y 8,000 á los parlamentarios. Salió herido Cromwell, y se batió como un leon con su gente. En Londres, adonde se retiró el ejército disperso, supo fascinar á los suyos haciendo pasar por victoria su desastre.

Rehechos, el conde forzó al rey á levantar el sitio de Gloucester, y Cromwell con dos mil caballos acabó de derrotarle.

Inútil fué la convocatoria del parlamento en Oxford. Negóse á pretexto de que no podía ser libre con tantas tropas cerca.

No entraremos en detalles de esta guerra. Plazas tomadas y recuperadas, batallas ganadas y perdidas, presidiendo á todos los hechos de armas un valor fanático. Asi las cosas, comprendieron los ingleses que atrayéndose los escoceses estaba su causa asegurada, y les atacaron por su flanco, ofreciéndoles la abolición del episcopado, condenar á muerte al arzobispo de Cantorbery, pagar su ejército, y admitir en el parlamento gran número de sus diputados.

Cromwell fué el enviado á Edimburgo con esta mision, que desempeñó cumplidamente, penetrando á poco en Inglaterra 20,000 hombres, y recibiendo el parlamento sesenta escoceses.

Socorrido Carlos por la reina, que se deshizo de todas sus alhajas, y á quien intentó apresar ó echar á pique en su travesía á Francia el vice-almirante Bati, y por la célebre universidad de Cambridge, la mas opulenta de Europa, de largueza en esta ocasion memorable, sostuvo sin apuros la guerra.

Lejos de traer á razon á los parlamentarios el enviado por la reina regente de Francia á instancias de la de Inglaterra, les enconó. No fué mas feliz el conde de Harcourt, embajador *ad hoc*.

Cromwell obtuvo del parlamento el prometido sacrificio del arzobispo de Cantorbery, ó lo que es lo mismo, se le procesase. Acusado de haber procurado introducir en Inglaterra la religion romana, fué conducido á presencia de ambas cámaras.

Saboreóse Cromwell con el placer de la venganza, suscitándole, diestro, graves embarazos en su interrogatorio.

Sospechoso de católico á causa de las innovaciones de sus ceremonias, fué condenado el arzobispo á ser degollado y borrado su nombre de los monumentos públicos. De nueve loresá que se había reducido con la fuga de los demas al lado del rey la alta cámara, le condenaron siete, muriendo con serenidad admirable.

Deshecho por el principe Roberto el conde de Es-

sex, no quiso oír sus descargos el parlamento, y le mató con veneno. Si el rey hubiera aprovechado esta victoria, hubiera puesto fin á la guerra.

Encargado Cromwell de castigar la fidelidad de las universidades de Oxford y de Cambridge, llenó de un modo bárbaro su cometido. Inútilmente se le presentaron los magistrados de la segunda. Convirtiéndola en cuadra, hizo romper la nariz y las orejas del rey y de los santos para hacerles ridículos; de las sobrepellices hizo corbatas para sus soldados; y á fuerza de paños sacó á los profesores mas dinero del que tenían, añadiendo á tan indignos tratamientos la befa de que no queria sangre, y que á semejanza de Dios, no deseaba la muerte del pecador, sino su conversion.

A mayores escesos se entregó en la de Oxford por el aprecio en que tenía la memoria del arzobispo de Cantorbery, su canceller, tenido allí por mártir de Dios y del rey. Enriquecida con muchos y muy raros manuscritos que había hecho venir del Oriente, Cromwell los quemó todos, pereciendo mas de 40,000 volúmenes, muchos de ellos de singular estimacion, y animando á sus satélites á esta bárbara tarea, haciéndoles creer que así mataban al papismo.

Ningun atentado retrata como este á Cromwell. Por lo mismo que tanto se había dedicado á las ciencias, muy grande debía ser su maldad para sacrificar á una venganza estéril un depósito tan precioso, sin inquietarse por la execracion de todas las personas ilustradas.

Si Cromwell está juzgado por un acto, de contraste tan odioso con sus conocimientos, nada pintará mejor el desenfreno brutal del parlamento, que el premio que le concedió por esta fechoria, nombrándole lugar-teniente general del conde de Manchester.

A pesar de todo, tuvo lugar una conferencia para la paz, á que asistieron diputados del rey y del parlamento. Pidieron los de Escocia la abolición del episcopado: se les objetó que en ningun tiempo había estado la iglesia sin obispos, y Cromwell creyó hallar un temperamento, proponiendo siguiesen los actuales y sus rentas, á condicion de que las cámaras dispondrian del gobierno, de las plazas, de los cargos importantes de la milicia, y de la torre de Londres. Desechada esta propuesta, rota quedó la conferencia, no obstante el gran deseo del rey por la paz y su natural dulzura.

Tomó Carlos la ofensiva á la primavera inmediata, y con los principes de Roberto y de Gales, destrozó al conde de Manchester y á Cromwell, cuyos soldados si no tan aguerridos ni con tan espermentados oficiales, estaban mejor equipados y armados, y disponian de mucha artilleria, á causa de estar los arsenales en su poder.

Si el rey, que peleó como nadie en tan encarnizada batalla, hubiese seguido á Londres, negocio concluido; pero todavía le engañó su buen deseo, todavía esperó reconociesen su error los revoltosos. Dispuesto á ello estaba el conde de Manchester; pero al ver la detencion del rey, envió á Cromwell á Londres con objeto de que pusiese en juego su arte de manejar las voluntades y de sacar todo el partido que queria. Cromwell con su elocuencia fácil y flexible, no solo calmó el pánico que aquel desastre produjera, sino que inspiró á todos la mas ciega confianza en lo futuro, comenzando por entretener al rey á título de ajustar la paz.

Pedida que fué al rey, exigió este la presencia de comisarios. Fueron, y tal prisa y maña se dió Cromwell por reparar el sufrido descalabro, que rompió los tratos.

Furiosos con su derrota los parlamentarios, volvieron á la guerra con mayor ardor, ganosos de reparar sus pérdidas. Con soldados tan exaltados por el fanatismo religioso y político, posible era, y posible fué su intento.

El 2 de julio de 1644 se dió en Maistonsmoor la batalla decisiva, en que jugaron 30,000 hombres. Cada combatiente fué un héroe, y unos y otros se rehacian de parciales reveses, hasta que herido gravemente Cromwell por el general Montrose, que le disparó un pistoletazo á quemarropa, y á quien fué á matar habiendo pregonado su cabeza en el parlamento, y escurriéndose con disimulo para hacerse curar, desmayaron sus soldados, y fueron puestos en fuga. Apercíbese Cromwell de este suceso, y sin aguardar á que le vendase el cirujano la herida, monta á caballo, y le dice: «¿De qué me sirve este brazo, si pierde el parlamento esta batalla?» Vuela al combate, encuentra al conde de Manchester, generalísimo, que con muchos oficiales huía, y esclama: «¿Sois vos los que desprecias á los del rey? Pues no están en el sitio adonde vais; si queréis hallarlos, volved la cabeza.» Picado su honor, vuelven caras, y Cromwell reúne aquella noche los dispersos. Recorre al amanecer del dia siguiente las filas, inflama á los soldados, y les comunica su ardor. «Valor, hermanos míos, Dios y la patria os encomiendan su sagrada causa.» Merced á la defeccion de 3,000 hombres, destruyen los parlamentarios el ejército del rey, que se retira á Oxford con 200 hombres, donde fué recibido como cumplia á su lealtad, á pesar de la proximidad del rencoroso Cromwell. El principe Roberto se dirigia á York con los restos de su ejército á fin de hacerse fuerte, cuando supo había solicitado á Cromwell su rendicion.

El rey, sin plaza alguna en Inglaterra, y sin medios de prolongar la guerra, aceptó el partido que le propuso Montrose de pasar á Escocia.

(Se concluirá.)



## INDOSTAN.

*Templo de Boro Bodo.*—Es Boro Bodo un magnífico templo situado en el centro de la montuosa pro-

este monumento se vió que ascendia su altura á ciento diez y seis pies sobre ciento veinte y seis de ancho. Muéstranse las paredes en su interior y exterior cubiertas de esculturas, y en muchas partes hay nichos que contienen mas de trescientas estatuas de Boudha, al paso que sus cuatro fachadas, que miran á los cuatro puntos cardinales, se ven adornadas de leones de

orientalistas de estos últimos tiempos; muchos de los cuales han recorrido los diferentes países del Indostan y han visitado y descrito con exactitud dichas cavernas, suministrándonos sus relaciones suficientes detalles para que podamos dar á nuestros lectores alguna idea de la gruta ó caverna de Karli. Se llega á ella por una subida rápida, cortada en la roca viva,

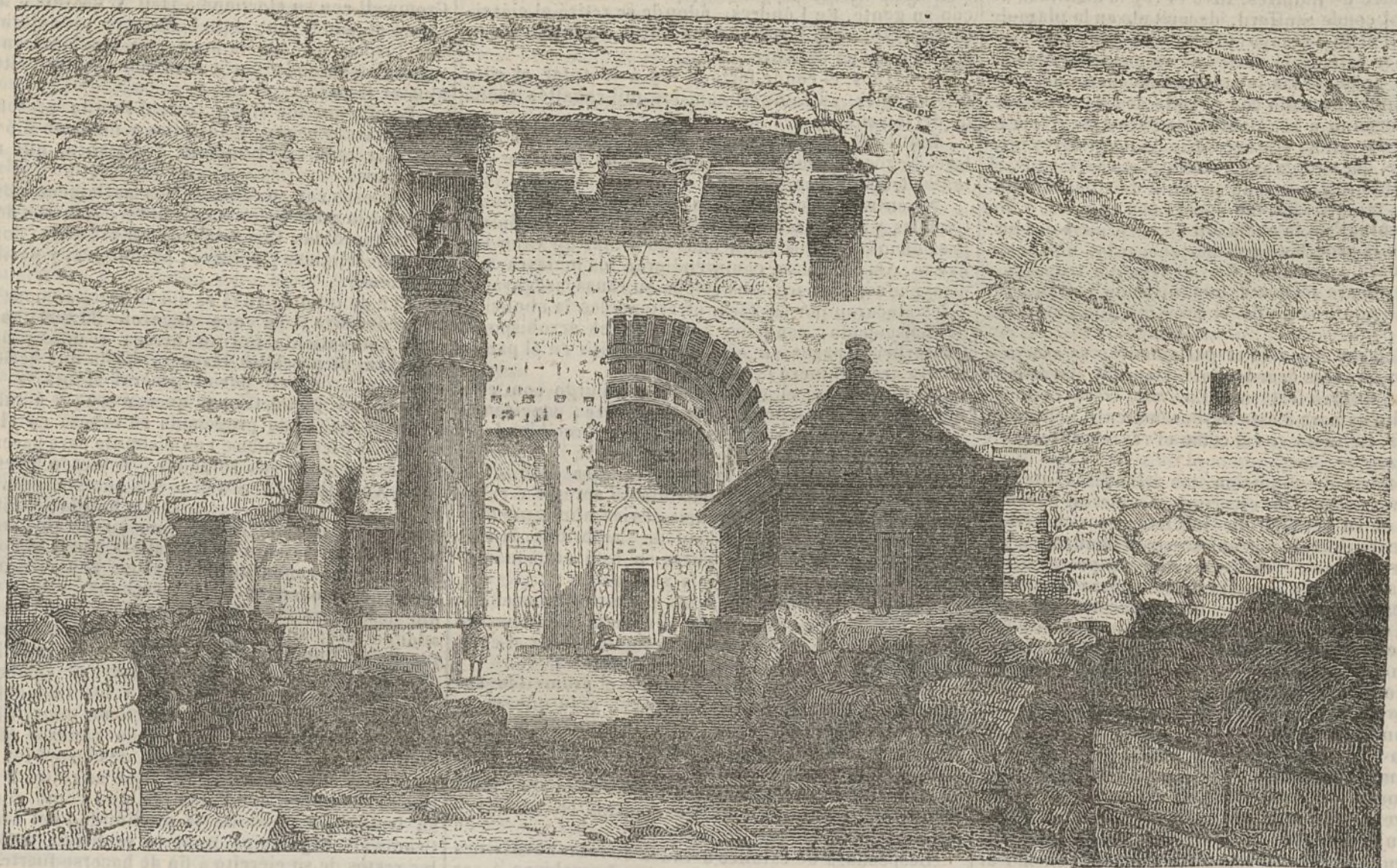


Templo de Boro Bodo.

vincia de Kedu, en la isla de Java; y se supone que se edificó por los años de 1338. Es cuadrado, rematado en una cúpula piramidal; ocupa la cumbre de una co-

pie, cuadrúpedos que jamás existieron en Java. *Gruta de Karli.*—La costa del Malabar y la isla de Ceylan están llenas de cavernas ó mas bien templos

sin que nada se descubra que pueda anunciar la presencia de la gruta, pues muchos árboles plantados allí de intento ocultan enteramente su entrada, que



Gruta de Karli.

rámica que se levanta perpendicularmente en la llanura, y consiste en seis cuadrados rodeados de paredes y con terrados en cada uno. Cuando en 1826 se midió

subterráneos, que por su singular construcción y el gran número de inscripciones y antigüedades que encierran han llamado la atención de los arqueólogos y

no se percibe hasta la distancia de quinientos pies. Las excavaciones se extienden en diferentes líneas, comprendiendo el conjunto un espacio de ciento vein-



te y seis pies de longitud y cuarenta y seis de latitud. Un sinnúmero de pilares sostienen las bóvedas, y se vé en un extremo un vestíbulo cuyos números están adornados de bajos-relieves, que representan elefan-

bien fortificadas de la India: la rodeaba una doble muralla, y veinte mil caballeros armados podían salir á defender sus contornos. Los escritores orientales, siempre amantes de la hipérbole, aseguran que Bedja-

conservados, siendo los mas dignos de atención las tumbas de Reza y de Newaus-Shah, el célebre mausoleo de Mahmoud, y el ancho estanque de la gran mezquita, cuyas aguas sagradas sirven para las ablu-



Bedjapur.

tes, hombres, mugeres y el dios Brama. En muchos lugares se representa esta divinidad sentada con las piernas cruzadas y en la postura habitual de los chin

pur contaba en los dias de su gloria mas de un millon de habitantes y mil seiscientas mezquitas; pero esta antigua metrópoli de un poderoso imperio, desierta

ciones, y un pequeño templo indo sostenido por un sinnúmero de pilares de piedra, y construido segun el estilo de la arquitectura de los bramanes.



Hurdwart.

guleses, y en otras en pie y rodeado de figuras que le adoran.

Bedjapur.—Antigua capital de la provincia de su nombre; era en el siglo XVII una de las mas vastas y

ahora, no presenta mas que un triste monton de ruinas que atestiguan su antigua gloria y su nulidad presente. Sin embargo, la parte de la ciudad que se llama fortaleza encierra aun algunos monumentos bastante

Infestan entre otras á la provincia de Bedjapur las temibles bandas de salteadores llamados fansegares, de quienes ha publicado tan curiosos detalles el inglés R. Canuter. Se llaman fansegares estos ladrones



por el instrumento de que se valen para cometer sus crímenes, pues fansegar significa ahogador, y el arma que emplea es un *fansi* ó nudo corredizo que echan de repente en el cuello de aquel que quieren robar, ahogándole en seguida.

**Hurdwart.**—Ciudad del Indostan, que está situada á siete leguas de Delhi, en la ribera derecha del Ganges, en el punto en donde este gran río abandona los montes de Gorval. Es tan pequeña, que consiste en una calle larga y estrecha; pero es muy célebre entre los indos, quienes acuden á ella en peregrinación por el equinoccio de primavera á fin de practicar sus abluciones en el Ganges, cerca de un templo consagrado al dios Vichnou; y con esta ocasión hay en la ciudad una de las ferias mas concurridas del país.

## LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO VI.

Fisiología de una coqueta.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Bonito título, ¿eh? como que promete, ahora que abunda el género y están de moda las fisiologías. Tenemos la fisiología del médico, del solteron y de la solterona, del enamorado, del negro, del gitano, etc., etc., etc., ¡porque en este buen siglo, hasta con los títulos se especula! Ved los centenares de misterios y memorias (1), incluidas las mías que salen á luz todos los días, y que no son misterios ni memorias, sino cosas que todo el mundo sabe y tan manoseadas que da grima el leerlas. ¡Adelantos de la civilización! ¡Engañifa y estafa! Nuevo método para aumentar las listas de suscripción, mermadas por el plomo mortífero de los desengaños.

Yo, pues, que también ando en busca de un cacho de gloria, acompañado de su correspondiente administrador, especie de bálsamo consolador que cicatriza las heridas del corazón, bálsamo precioso que el vulgo imbecil califica con el prosaico nombre de unto mejicano, he gastado treinta días y treinta noches en buscar un título adecuado al doble objeto que se proponen los que aspiran á inscribir sus nombres, en las aureas planchas del templo de la fama, y después de devanarme los sesos, he dado al fin con este título modesto *quoique un peu friand*, como diría mi cofrade Mr. Balzac, y con el cual he tenido á bien encabezar este capítulo y el siguiente.

Es singular por cierto, que tan rica mina se haya escapado á la avidez de los *mineros* (2) explotadores de la literatura. Admiréense vds., ¡la fisiología de la coqueta no existe! (al menos no ha llegado á mi noticia). Un asunto tan espléndido, tan moral y filosófico, no ha encontrado una pluma que lo levante á la altura que merece. Por eso yo he resuelto dar aquí una muestra para alentar á los que se sientan capaces de acometerlo, ya que no me sea posible generalizar mis ideas y componer una obra aparte, como deseara.

Propóngome solamente hacer la anatomía del corazón de una muger, empresa mas difícil de lo que parece, y para la cual no sé si me bastarán mis débiles fuerzas; porque el ángel ó demonio llamado muger, es todavía mas incomprensible que el bipedo (animal de dos pies) conocido en la historia natural con el dictado de hombre.

Inquieta y agitada, volviéndose continuamente en su lecho sin poder conciliar el sueño hasta el amanecer, habia Emirene pasado la noche del día en que tuvieron lugar los sucesos referidos en los capítulos anteriores dominada por un pensamiento fijo y por las tristes ideas, que mal de su grado brotaban de él, mas rebeldes y tenaces cuantos mayores esfuerzos hacia para desechárlas, tomando cuerpo y forma en su acalorada fantasía.

Hay siempre en la soledad  
En el silencio y la calma,  
Voces que anuncian á el alma  
Alguna horrible verdad (3).

No podía recordar sin estremecerse su imprudente promesa y la desesperación del marqués; se arrepentía de haberle ofrecido ir adonde le indicaba, y se sentía débil para engañarle; creía sinceramente en su amor y caballerosidad, y sin embargo, por un sentimiento de

(1) Esta novela se titula *La Estrella del Sud* ó *memorias de un buen hombre*. Habiéndose suprimido este segundo título por un descuido involuntario, en el primer número donde empezó á publicarse, lo advertimos ahora á nuestros lectores, para que entiendan estas y otras alusiones que se encuentran en el trascurso de la obra.

(2) Ratoncillos muy ligeros y dañinos aficionados á roer papel sobre todo.

(3) Rubi.—La Bruja de Lanjarón.

pudor, por ese instinto admirable que á veces sin poder explicarse el por qué, hace á una joven inocente evitar las ocasiones de encontrarse sola con el hombre á quien ama, Emirene repugnaba ir á la cita, presentía que su virtud corría un riesgo eminente en una casa extraña, mano á mano con un hombre, que aunque habia jurado respetarla, estaba locamente apasionado, y caso que su amor ó su vileza le cegasen, ni siquiera un ay se atrevería á lanzar ella, temerosa de sellar con él su perdición y deshonor.

Luego consideraba una á una las consecuencias que podía tener su desliz, y trémula, azorada, prestando el oído para escuchar la igual respiración de su esposo que dormía en la pieza inmediata fingiendo el sueño mas profundo, como si adivinase que estaba despierto y la observaba para no hacer ruido ni moverse, se enjugaba la frente cubierta de un sudor frio con lo primero que encontraba á mano, ya en los encajes de las almohadas, ya en la finísima holanda de las sábanas.

Para huir de las tétricas imágenes que la perseguían, buscaba afanosa en su memoria los recuerdos mas halagüeños de su relación con el marqués, desde que le conoció hasta aquella tarde de triste recuerdo para ella: veíale á sus pies tierno y amoroso, ofreciéndole su existencia por una mirada; recordaba los pasajes mas elocuentes y sentimentales de sus cartas; sentía con entrañable satisfacción halagada su vanidad, al contemplar humillado á sus plantas al primer elegante, al altanero y hasta entonces feliz marqués de Araure, al hombre á la moda del Perú cuyas perfidias lloraban tantas víctimas, mientras suspiraban inútilmente por llamar su atención mas de una egrégia y arrogante dama, mas de una bella y celebrada virgen.

He aquí explicado sin necesidad de querer penetrar todos los insondables arcanos del corazón femenino, el origen y las causas que nutrieran el vago afecto que Emirene le profesaba. Afecto que no tenia raíz alguna en su alma, como probaré en seguida, aunque ella le calificaba en sus raptos de entusiasmo artístico, de pasión violenta é irresistible que habia de enterrarla en la flor de sus tempranos años.

Cualquiera en efecto á poco que reflexione, convendrá conmigo que una niña que desde que abrió sus ojos á la luz, se oyó llamar con los dulces nombres de ángel, perla, sol, encanto, diosa, y todas las exageraciones que el cariño maternal y un gran mérito disculpan, encargándose cuantos la veían de repetir á coro la sempiterna letanía de alabanzas y agasajos, debia necesariamente formarse una alta opinión de su belleza, hacerse vana y llegar á la edad de las pasiones bajo el influjo de tan perniciosas ideas: si recuerdo que perdió á los cuatro años á la que le dió el ser, y su padre aunque pobre, honrado y virtuoso, reconcentró todo su afecto en ella, única prenda de una unión feliz como pocas, y su mayor placer era hacerla el gusto en cuanto podía, gastando en sus adornos una parte considerable de sus sueldos, se conocerá igualmente que debia ser caprichosa, exigente, amiga del fausto é inclinada á imponer la ley á cuantos la rodeaban, ora con sus caricias y zalamerías, ora con su enojo ó desprecio.

Su matrimonio con don Juan la sacó de la humildad medianía y del aislamiento en que hasta entonces se deslizara su existencia. Su padre por un exceso de desconfianza, sin negarle ninguna diversion pública hasta donde le permitian sus facultades, sin dejar de llevarla á todas partes donde podia vigilarla de cerca, no consentia que la visitase nadie, á no ser una que otra amiga de su edad, al paso que le parecia muy natural se distragese leyendo los libros que le prestaba su hermana, que creía hacer las veces de madre, cultivando la inteligencia de su sobrina, ó como ella decía: «puliendo aquel diamante en bruto y haciendo resaltar su esplendor, montándole de modo que algun día deslumbrase á todos con sus destellos.»

Dueña Emirene de la mano del nombre y de los tesoros de don Juan, se creyó por algunas semanas la muger mas dichosa de la tierra. Tenia trages tan ricos como los de la reina, brillantes, una casa soberbiamente alhajada, coches, lacayos, palco en el teatro, entrada en los salones de las primeras notabilidades aristocráticas, financieras y políticas, incluso el virey; idolatría en su esposo; aprecio, consideración, homenajes en todas partes, ¿qué mas podia desear?...

El corazón humano nunca se satisface. Cuando no tiene un verdadero motivo para estar descontento, se forja uno imaginario. Hay en él una llama misteriosa que se nutre con la felicidad que poseemos, y forma un vacío, que apenas lleno, vuelve á dejar exhausto su devorante actividad:

«Porque en su vuelo atrevido  
Halló el universo estrecho,  
Desprecia lo conseguido  
Y sin cesar pide mas (1).»

No contenta Emirene con la tranquila dicha del hogar doméstico, lanzó sus ojos al engañoso horizonte de otro mundo de ilusión, en el que se figuraba la esperaban nuevos y desconocidos placeres.

Reina ya por su belleza, quiso serlo también por su prestigio, por su talento, por su elegancia, por sus modales; y gracias á su privilegiada inteligencia y natural coquetería, se puso muy pronto á la altura de su

nueva posición, imitando á las altas señoras con quienes tenia el honor de frecuentarse.

Entre estas la que mas simpatizó con ella desde un principio y acabó por ser su íntima, fué la condesa de Abancay, muger de unos treinta años, de regulares facciones, pero muy graciosa como son generalmente las morenas. Era ademas *despreocupada*, un poco murmuradora y envidiosa: su principal defecto consistía en una afición decidida á las cartas, afición que le habia pegado su marido, viejo galante,

Corriente en una broma y mugeriego (1),

jugador y también despreocupado ó filósofo, como dicen ahora para significar al que nada le importa que al ponerse el sombrero, saite la copa ó el ala, chocando contra un cuerpo sólido cuyos enhiestos retoños son tan innumerables como sus cabellos.

La inteligencia del conde corría parejas con su filosofía. «Nada tiene de extraño, dice un amigo mío que el mucho peso, aplastando la cobertera de los sesos, no deje resquicio alguno por donde pueda entrar la reflexión. Desgraciado del que nace bajo la maldita influencia del signo de capricornio! (2)»

En cambio tenia amplias facultades para hacer lo que se le antojaba; su muger no se metía en nada. Jamás se preguntaban ninguno de los dos adonde iban ó de donde venían: parecia que no tenían ojos ni oídos, y gracias á este cómodo sistema vivían en santa paz y armonía, teniendo un hijo cada año.

La sociedad, no obstante, juzgando por las apariencias como siempre, ó deslumbrada acaso por el elocuente testimonio vivo de un niño anual, los contaba en el número de los buenos matrimonios. Ellos se empeñaban en justificar este concepto, respetando las formas y engañando al mundo. La condesa pasaba por una muger amable y de genio alegre, y nada mas; y el conde por un caballero divertido, franco, chistoso y muy jovial, á pesar de sus cincuenta años. El vicio del juego no era vicio, puesto que todos participaban de él.

La posición social que ocupan las personas con quienes nos rozamos, así como aumenta sus buenas cualidades, nos hacen ser mas tolerantes con sus defectos. Lo que en un pobre es un crimen, en ellas es una gracia. Si pasamos por una taberna donde cantan ocho ó diez artesanos, olvidando así las penurias de toda la semana, solemos decir: ¡cómo se emborracha esa canalla! y si vemos á veinte ó treinta caballeros ebrios en una comida de campo, añadimos sonriéndonos: ¡cómo se divierten! ¡qué alegres están!

Así sucede en todo: siempre la ley del embudo.

El fausto que gustaba la condesa, el elevado cargo que tenia su marido, los magníficos bailes que daba todos los sábados, siendo su casa el *rendez-vous* de lo mas granado y escogido de Lima, y sobre todo, su hábil manera de conducirse *diplomáticamente*, habian preparado la opinión á su favor, y nadie (á escepcion de los que tenían pruebas fehacientes de lo contrario), dudaba de su virtud.

Está averiguado que en el mundo esta sola es la que se sacrifica, porque ignora las precauciones que toma el vicio para precaverse desde que da el primer paso. El que obra de mala fé camina siempre con mesura: prevee y calcula á sangre fría todas las consecuencias, y las evita por poca fortuna y talento que tenga. No así el que marcha con los sucesos y no tiene un plan sistemado. La ley social le coge infraganti; y esta ley es tan inexorable y dura, como la positiva que no escusa de la ignorancia del derecho, sino á determinadas personas y en determinados casos.

Siento tener que advertir que en todos tiempos las costumbres no han sido muy puras en las capitales de la América española, y que Lima merecia la corona triunfal, si bien Méjico la seguía de cerca y era digna del *accesit*, así como Buenos Aires, la Habana y Caracas, de una mención honorífica, si se hubiese abierto un certámen para premiar á la que mas méritos tuviese en la inobservancia de algunos de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

Emirene se propuso por modelo á la de Abancay y á aquellas de sus nobles amigas que mas se distinguían por su amabilidad y espíritu; y en breve, siguiendo sus huellas, se vió rodeada de un enjambre de adoradores.

Su alma pura, no obstante, no estaba contaminada aun por el mal ejemplo. La idea de faltar á sus deberes ni siquiera se le pasaba por la imaginación. Ya que son tan necios los hombres, se decía, me divertiré con ellos; escucharé sus mentiras sin creerlas, y cuando me censuren ó quieran propasarse, yo sabré imponerles respeto y quitarles el deseo de volverme á importunar.

Era su mayor satisfacción al entrar en un baile, mirar como se agolpaban todos para verla pasar, y venían luego en tropel á su silla á saludarla y pedirle humildemente un wals ó un rigodon.

Para todos tenia una mirada, una sonrisa, una palabra afectuosa. Se deleitaba en fomentar la fatuidad de algunos tontos muy pagados de su persona, y cuando los veía mas tiernos y rendidos, hallaba un maligno placer en desengañarlos con alguna de sus frases favoritas:

—No es aquí, á la otra puerta.  
—Vaya vd. con la música á otra parte.

(1) Espronceda.  
(2) D. S. Castilari—Fisiología del viudo.

(1) Echeverría—Rimas.



—Está vd. malo de la cabeza, amigo mío, mañana le enviaré mi médico para que se la componga.  
—No traigo cobre, perdóneme hermano.  
—Soy liebre: écheme vd. un galgo.  
—¡Calle vd. por Dios, que me da sueño!  
—Sol, re, mi, fa.  
Tará, ra, rará, la.

—Si entonces el interesado le ofrecía un billete ó cosa parecida, contestaba con la mayor gravedad:  
—Mi marido dice que la plaza no está para aceptar letras de cambio de firmas poco acreditadas: protesto.

El infeliz que llegaba á oír algunas de estas cortas sentencias, que traían aparejada ejecución, no tenía mas remedio que decir lo que la zorra de la fábula, de la fruta que no podía alcanzar:  
—Está verde: no la quiero.

Tal era la situación de Emirene á los tres años de matrimonio, y á los 19 de su edad, cuando por desgracia volvió el marqués de un viaje á Chile, emprendido á los seis meses de la boda de aquella.

Como todos los amigos de don Juan, él había estado á verle á los pocos días de su enlace. Su aire altanero y confiado, sus maneras un tanto afectadas, y hasta su misma reputación de calavera, predispusieron á Emirene contra él, en términos de suplicar á su marido que se negase cuando volviera.

Don Juan, al oírlo, se echó á reír, y se contentó con responderle que en la sociedad encontraría muchos hombres como el marqués, que al fin, por mas que decían, en el fondo era un buen muchacho, hijo de un íntimo amigo suyo; y que si fuese preciso en el mundo no ver mas que á las personas que nos agradasen, fuerza sería cerrar, no la puerta, sino los ojos á cada momento.

El marqués por su parte empleó toda la visita en observar al descuido á Emirene, de quien ya tenía muy buenos informes; y con su admirable tacto y conocimiento del corazón femenino, la comprendió tal como era: formó su plan, cuya ejecución aplazó para su vuelta, se despidió, y no volvió mientras estuvo en Lima.

Pero al mismo tiempo, en el intervalo que medió entre su visita y la partida, puso un empeño singular en encontrarse como por casualidad con Emirene, dondequiera que esta iba. La saludaba friamente, se acercaba á don Juan, le hablaba algunas breves palabras, y se encaminaba por otro lado, sin volver los ojos una vez sola al paraje en que se encontraba su esposa. En el teatro, en los paseos, en los bailes, en las visitas, sin que lo notasen, sabía manejarse de modo que tácitamente comprendiera ella el ningún interés que le inspiraba, la completa indiferencia, el desden con que veía su celebrada belleza. En el teatro dirigía á todos los palcos el lente, menos al suyo; en los paseos, cuando iba á caballo, se acercaba á todos los coches á conversar con las señoras conocidas, y pasaba á galope por delante del de ella; en los bailes no la sacaba nunca á bailar; en las visitas, apenas la dirigía la palabra, al paso que conversaba horas enteras á su lado con otra mujer sin mérito alguno, celebrando su hermosura, su preñado, su discreción, su amabilidad ó talento, haciendo, en fin, un estudio especial en humillar el inmenso amor propio de Emirene, probándole de mil modos y en todas ocasiones, que para él no valía nada, absolutamente nada.

Al principio ni siquiera se apercibió la engreida niña de sus desdenes. Todavía no se le había ocurrido que podía existir debajo del sol un hombre indiferente á sus encantos: pero la conducta tenaz y sistemada del hábil marqués la hizo abrir los ojos y despertar de un sueño encantado. Cuando se convenció que, en efecto, él hacia alarde de menospreciarla, sin faltar á las reglas de urbanidad y buena crianza, él, el feliz mortal que pasaba por el fénix de los elegantes, de los hombres discretos y de buen tono, fué tal su cólera, despecho é indignación, que lloró avergonzada, y juró no descansar hasta vengarse de tamaño ultraje.

Mas en vano trató de atraerse con tiernas miradas y demostraciones de aprecio. El se mostró tan impasible y sereno como siempre. Fingió no comprenderla.

Un lance ruidoso á que dió mórgen el de Araure con una grosería imperdonable en un hombre vulgar, cuanto mas en un noble, quitó á Emirene cualquiera duda, si alguna tenía, no ya de su mala voluntad, sino del odio que la profesaba tal vez, y de un ruin espíritu de venganza que no sabía á qué atribuir.

El virey había dispuesto un gran baile para celebrar los días del monarca, y convidado á lo mas selecto de Lima. Ella y el marqués fueron de los primeros.

Cualquiera que tenga una ligera tintura del lujo y pompa con que se festejaban entonces en América tales solemnidades, se hará cargo de la ansiedad con que acudirían todos al convite del virey.

La esposa de don Juan se propuso eclipsar con su belleza y vestido á todas, y lo consiguió.

La iba tan bien el nuevo traje, su caprichoso peinado realzaba tanto sus gracias, eran tan magníficas y estaban tan bien distribuidas las valiosas alhajas que brillaban con graciosa armonía, en su cabellera, garganta, brazos, manos y cintura, que hombres y mugeres se quedaron absortos al verla entrar en el salón radiante de gracia y hermosura, conducida por el virey, y volviendo la cabeza á un lado y á otro para saludar, al mismo tiempo que aspiraba el perfume de un ramillete de violetas que llevaba en la mano.

—¡Virgen del Pilar! dijo Arturo, dirigiéndose á los

que formaban el corro con él;—¿sabéis que nunca la he visto tan bella?

—Siempre está divina: contestaron en coro.

—Siempre que la veo, repuso el poeta que escitaba los celos del marido, me da fiebre.—No debía Dios criar tan bellos animalitos.

—Yo, añadió un jóven conde que la echaba de gracioso, le daría hoy diez años de mi vida por hacerla una pregunta.

—¿En qué idioma, preguntó Arturo?

—¿En griego ó alemán? replicó otro.

—En español, señores, dijo el condecito, clavando lánguidamente su hambrienta mirada en la codiciada esposa de don Juan.

Mientras que los hombres se deshacían en alabanzas y las mugeres criticaban en voz baja, ya que no el prendido ni el rostro, siquiera el aire de superioridad y la alegría de Emirene, calificando el primero de orgullo y la segunda de necedad, una sola persona no se volvió para mirarla, ni parecía haberse apercibido que ella había entrado en la sala.

Era el marqués.

Un círculo de apasionados rodeó á Emirene, disputándose el honor de bailar con ella la primera contradanza. Cupo este honor al poeta á quien le daba fiebre siempre que la veía.

Dióse la señal de empezar el baile, y empezó la algazara y movimiento que son consiguientes. El marqués, vuelto de espaldas, de pie y reclinado en un extremo del piano, mantenía una conversacion al parecer muy animada con una muger de unos 26 años, ni fea ni bonita, que murmurando de todas, no quitaba los ojos de Emirene.

Adelantóse esta con su pareja; y en el momento en que el marqués la vió venir, se hizo á un lado sin volver el rostro, y exclamó soltando una carcajada:

—¡Tonta!!!

—¡Caballero!... dijo Emirene encarándose con él, pues comprendió que á ella se dirigía aquel insulto.

—Señor!... respondió el muy fatuo sin inmutarse y jugando con los sellos de su reloj.

—Sois un atrevido... repitió Emirene en voz baja, encendida como una grana.

—¡Pues!... contaba á esta bella dama una anécdota que acaba con la palabra *tonta*; y ya veis que no es culpa mía, si por casualidad habeis acertado á pasar al mismo tiempo.

Al volver á repetirla, recalcó el de Araure sobre la palabra *tonta*, y la pronunció bastante fuerte para que la oyese toda la sala.

Emirene se mordió los labios de rabia, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para que no se le saltasen las lágrimas.

La orquesta anunció la primera figura y confundió el sordo cachicheo que se levantó de un extremo á otro del salón.

Felizmente don Juan no había venido todavía.

Cegada por la cólera, iba ella á contestar al marqués lo que merecía; cuando este le volvió la espalda con un gesto desdenoso, presentó la mano á su compañera, y se perdió entre la fila opuesta de bailarines.

El poeta sorprendido por la rapidez del suceso, no tuvo tiempo para pedir una satisfacción al marqués: pero en cuanto acabó de bailar, se fué á él y se la exigió completa.

Al día siguiente, el de Araure le atravesó el brazo derecho de una estocada, para que no se metiese á redentor en lo sucesivo, como tuvo el descaro de prevénrsele antes de batirse.

En aquel momento hubiera dado Emirene cualquier cosa por vengarse de él: ¡oh! ¡sufria tanto con las miradas sarcásticas de las envidiosas que se deleitaban en su humillación! ¡la agobiaba tanto la idea de que aquel hombre solo no hiciese justicia á su mérito y hallase placer en herirla en lo que rara vez perdona una muger, en su amor propio! ¡y cuando?—Cuando se oía aclamar reina del baile, y hermosa entre las hermosas, arrastraba tras sí los homenajes y la adoración de todos que la seguían,

Cual pálidos luceros, perdidos en su lumbre,  
Siguen con tardos pasos los círculos del sol (2).

¡Oh! ¡era horrible su tormento!

Disimuló á pesar de todo, y continuó bailando y riendo toda la noche, para no dar á sus rivales ni al insolente, la satisfacción de verla humillada y triste.

Pasaron algunas semanas, y otro desprecio mas directo si cabe, aunque no tuvo testigos, acabó de exasperarla, acreciendo mas y mas su deseo de vengarse á todo trance de aquel orgulloso ensimismado loco, sin corazón ni alma, como le calificaba Emirene, furiosa de encontrarle siempre indiferente y despreciativo, por mas que que hacia para llamar su atención y cautivarle.

La noche anterior á su partida se encontró con él en un concierto, en casa de la condesa de Abancay. Al entrar Emirene, no se hablaba allí de otra cosa que del viaje del marqués, que se presentó á media noche y se despidió en seguida, pretestando que tenía algunas cartas que escribir. Antes de irse, insinuó á varias señoras entre las que se hallaba aquella, que tendría el gusto de hacerles una visita de despedida al día siguiente.

- (1) A donna non se fa maggior dispetto  
Chequando vecchiò brutta gli vien detto-Arioste.  
(2) Ensayos poéticos.

Como el marqués, por vez primera desde que la conocía, fijaba en Emirene la vista mientras hablaba, creyó esta que no faltaria, y se vistió con un traje de casa, á propósito para lucir su garganta y pecho de Madona; tomó un libro y se puso en el balcon á esperarle á la hora indicada.

No habían trascurrido diez minutos cuando el coche del marqués se paró á su puerta.

Alzó él la vista, inclinó la cabeza saludándola, sacó un hermoso targetero de oro y nácar, y entregó al lacayo una targeta.

Emirene salió del balcon, y sin poder contenerse, cerró las vidrieras con tal violencia, que todos los cristales cayeron á sus pies en menudos pedazos.

¡Bien merecido por coqueta y orgullosa! dirá alguno que haya tenido que habérselas con damas de este temple; bien merecido, repetirán los que la echan de afortunados y desdenosos con ellas. Yo por mi parte que no he tenido nada que ver con ninguna de ninguna clase, yo que no soy afortunado y que no finjo despreciarlas, digo: mal hecho, y os voy á esponer algunas breves reflexiones en apoyo de mi opinion (1).

## CAPITULO VII.

## Fisiología de una coqueta.

## ACTO SEGUNDO.

Es tan miserable nuestra condicion, que aun en medio de las mayores felicidades, la menor desgracia ó contrariedad nos parece una calamidad irremediable. Conviértese en una nube que empaña el sol de nuestra alegría, en una espina que llevamos clavada en el alma y nos punza de repente, recordándonos lo que quisieramos y debieramos olvidar. Estoy cierto que muchos hombres y mugeres se reirían, si meditasen seriamente sobre el verdadero valor de la causa que los entristece.

Conceptuábase Emirene desgraciada, porque existía un hombre que la despreciaba, ó mas bien, aparentaba despreciarla para que se fijase mas en él: medio infalible para atraer la atención de ciertas mugeres, que por un espíritu de contradicción son capaces de... tirarse á un pozo de cabeza:

Segun las crónicas dicen  
Y autores de mucho peso.

A fuerza de pensar Emirene en su supuesto infortunio, el recuerdo del marqués se grabó hondamente en su pecho. Ni un año de ausencia, ni el torbellino de una existencia de placeres, fueron bastantes á borrarlo. Al contrario: el contraste de su conducta con la de los que entonces y despues mendigaban de rodillas una sonrisa de sus labios, se lo traía continuamente á la memoria.

Escusado parece advertir que él, á su vuelta siguió el mismo plan; hasta que en efecto llegó á ejercer una influencia fatal en el alma de aquella muger altanera y caprichosa, que en su sed de venganza le incitaba á que depusiera sus enojos, y le salía al encuentro sin conocer su superioridad en el engaño y la traición. ¡Cándida paloma que desafiaba al gavilán, confiada en la ligereza de sus alas, sin pensar que podía alcanzarla y despedazarla entre sus garras!

Cuando él creyó que había quebrantado su orgullo aprovechó una coyuntura favorable é hizo llegar á sus manos una carta, que Emirene recibió sin vacilar, no obstante que era la primera que se atrevía á tomar.

En ella estaba su justificación y la declaración de un amor que la infeliz, exaltada por novelescas lecturas y cegada por su vanidad, tuvo la necedad de creer al fin.

Copiaremos algunos fragmentos de la mencionada carta, para que se vea hasta donde llegaba la destreza y el ingenio de este ilustre farsante.

...«Si, yo huía de vos, evitaba vuestra presencia, esquivaba vuestras miradas, no por aborrecimiento, ¡ay! sino porque desde que os ví, me sentí dominado por una violenta pasión, que preví iba á labrar mi eterna desgracia. Conociendo la antipatía que me profesabais, huía de vos como el único medio de hacerme superior á mi infortunio.

«Quise que me odiaseis, si era posible, para perder hasta la mas remota esperanza, no alucinarme, y en un momento de ilusión, que habria pagado con la desdicha de mi vida entera, ceder al irresistible sentimiento que me impulsaba á caer de rodillas y declararos mi amor.

«¡Ah! bien lo sabéis, quien, ¿quién en el mundo podría contemplar con indiferencia tantas perfecciones y belleza? ¿Quién podría diariamente veros, admirar de cerca vuestra hermosura, justipreciar vuestro talento y los dones que la naturaleza os ha prodigado á mano llena, hablaros, estar á vuestro lado, merecer acaso vuestra amistad, y no sentirse abrasado en una pasión tan indomable como fatal?... ¿Y sabéis, señora, lo que es desear un imposible? ¿Cifrar nuestra ventura en un bien, que sabemos que no hemos de poseer nunca?...

«El suplicio de Tántalo, encadenado á una roca, devorado por la sed y el hambre, sin poder alcan-

- (1) La coquetería filosóficamente considerada. (2)



zar el agua y los alimentos que huyen de su boca, hiriendo su frente y sus labios, al ir á tomarlos; la desesperación de los réprobos, condenados á presenciar la felicidad de los bienaventurados, no igualaría á los tormentos del que se encontrase en una situación semejante...

«Si supierais cuanto he padecido en esta encarnizada lucha de mi razón y orgullo con mi amor!

«Si hubieseis podido leer en mi corazón y ver los esfuerzos sobrehumanos que he tenido que hacer para alejarme de vos, cuando una afectuosa mirada, de esas que nada os cuestan ni sabéis cuantas ilusiones encienden, venía á hacerme vacilar en mi propósito, trastornando mi razón.... seguro estoy, señora, que os hubierais compadecido de mí!

«Mi reputación de libertino, que os juro por mi honor es infundada, contribuía no poco á prestarme fuerzas para llevar adelante el heroico sacrificio que me impuse. Bastaba que yo os hubiese hecho en público la menor demostración de aprecio, para que la envidia y la maledicencia, se ensañasen en vuestra persona; y yo os amaba y os amo, Emirene, con una especie de culto, con un amor que desearía poder encumbraros á las estrellas, ponerlos sobre un trono, para que el mundo entero doblase la rodilla ante vuestra belleza. Amándoos de este modo, ¿cuál habría sido mi dolor, cuál mi desesperación, si hubiese visto vuestro nombre profanado y escarnecido por culpa mía?...»

«He creído ver en vuestros ojos un destello de piedad.... ¿Me habreis acaso comprendido? No me atrevo á esperar, y sin embargo, pongo en vuestras manos mi suerte.... No puedo resistir mas.... Preveo mi desgracia, sé de antemano el pago que me dais, pero prefiero que me holéis como un despreciable gusano, á reservaros mas tiempo los tormentos que sufro desde el día fatal en que os vi por vez primera.

Y á este tenor era el resto de la epístola, que ocupaba lo menos tres pliegos y medio de papel.

Emirene, loca de contento, leyó y releó cien veces esta carta, y aunque sabía que el marqués era un solemne embustero, creyó al punto la mitad de lo que la decía: reflexionándolo mas despacio y volviéndose á convencer de que no había hombre capaz de resistir á sus hechizos, le pareció ver una explicación satisfactoria de su extraña é incomprensible conducta; últimamente, cuando recibió otras misivas y le oyó espresarse, creyó que estaba perdidamente enamorado.

«Bien, marqués, ahora me las pagarás todas juntas! exclamaba en medio de su insensata alegría: ¡Juré vengarme y lo conseguiré. Quiero persuadirte que correspondo á tu amor para hacerte mas sensible el golpe que te preparo. ¡Si! y cuando te vea mas humilde y rendido, cuando creas que vas á ver colmada tu esperanza, me deleitaré en humillarte y escarnecerte sin piedad: meditaré el agravio mas atroz, la ofensa mas grande que puede inventar el pecho de una mujer cansada de sufrir tus injustos ultrajes, y ansiosa de probarte á su vez, el odio que para ti abriga su corazón! ¡Miserable reptil, yo te aplastaré bajo mi planta! ¡orgullosa necia, yo sabré abatir tu orgullo y fatuidad!....»

El orgulloso necio, sin embargo, consiguió lo que no había conseguido nadie. Emirene, cegada por el deseo de su ganancia, secundó admirablemente sus planes, admitiendo todas sus cartas, contestándole, y mas tarde recibiendo diariamente mientras su marido estaba fuera:

Que siempre las que hacen burla  
Vienen á quedar burladas (1).

El marqués era muy hábil, y Emirene, á pesar de todo, tenía un buen corazón y una imaginación harto impresionable. Alentóle al principio para ponerle en el grado de entusiasmo que deseaba; llegado este período, en vez de despedirle con la ignominia que imaginara, dió en reírse de sus protestas y en honrarle con el título de *amigo*, pues acabó por convencerse de su afecto, compadeciendo de veras, y figurarse en ciertos momentos que le amaba con frenesí, equivocando la piedad con el amor.

El ascendiente fatal de aquel hombre se aumentaba de día en día, sin que Emirene se apercibiese del precipicio en que la hubiera al fin hundido, si su ángel custodio no le hubiese sugerido la idea de poscer el aderezo que dió margen á las observaciones meteorológicas de don Juan.

Recuerdo haber leído en las Pandectas ó el Fuero Juzgo, no estoy bien cierto, que las mujeres mas coquetas son las que tienen en mas alto grado el instinto de conservación, y que en su misma vanidad, que las impele á parecer bien á todos, se encuentra un principio de resistencia y desconfianza, que las preserva de caer en los lazos de la seducción. Apenas notó Emirene que el intratable marqués se iba suavizando mas de lo que ella deseaba, y desde la cumbre del mas soberano desprecio se lanzaba en las profundidades de la mas rendida y humilde adoración, se enterneció, olvidó sus planes de venganza, y para no comprometerse y conservar el *statu-quo*, apeló al único recurso que le quedaba. Aseguró á su Amadís que le apreciaba muchísimo; que agradecía su amor y sentía en el alma no poder retribuirse; pero ya que la so-

(1) Tirso.—El burlador de Sevilla.

ciudad y sus deberes no le permitían darle otro título mas halagüeño, aceptase el de amiga que le ofrecía con toda sinceridad.—Apeló á su honor, á sus buenos sentimientos, á la misma pasión que la juraba, y acabó diciéndole que como amiga le pidiese cualquier favor, pero como amante, *nequaquam*....

Y así se pasaban los días, las semanas, los meses. El marqués quejándose de palabra y por escrito, insistiendo, importunando, pidiendo y repitiendo la misma cantinela todos los días; Emirene recibiendo sus cartas, oyéndole, disipando sus enojos con una palabra de bondad ó una sonrisa de indulgencia, teniendo cuidado de advertirle que se reía por no incomodarse, y conduciéndose de modo que no quedaba otro arbitrio al despedido galán, que pedirle perdón y conformarse.

Así consiguió Emirene que nunca se propasase, apelando continuamente á su caballerosidad, parapetándose en sus deberes de esposa, dándole á entender que al menor desmán perdería para siempre su estimación, y dejándole entrever una remota esperanza en el futuro, cuando vencida por sus argumentos y satisfecha de su docilidad y respeto, obedecía á los impulsos de su alma bondadosa y sensible.

El marqués conoció que con una mujer tan altiva y diestra, no le quedaba otra alternativa que la de esperar todo del tiempo y de su buen corazón, en uno de esos momentos favorables, en uno de esos cuartos de hora que tienen todas las mujeres; ó apelar al cinismo y al fraude, para conseguir por una villanía, lo que no podía por el convencimiento y el amor.

Cual de estos dos extremos escogió, lo habrá comprendido, quien haya leído con detenimiento el capítulo tercero.

Conoció el de Araure, humillado por la vez primera de su vida, que se estrechaba contra la virtud de una mujer, su astucia, sus ardides y cuantos resortes ponía en juego; pues veía con íntimo sentimiento que después de tantos desvelos y malos ratos, Emirene no le amaba, estaba encaprichada únicamente, y solo sentía por él piedad y simpatías.

Piedad y simpatías nada mas. Y la prueba que no pasaba de esto, era que cuando él se marchaba y ella se veía sola, se acordaba al instante de don Juan y de su hijo, y comprendía con horror que aquel hombre podía causar la desgracia de los tres. Entonces hacia firme propósito de alejarle de sí, y no esponerse en adelante á ser víctima de sus caprichos. Pero venía el marqués al otro día, y al verle tan triste, no tenía valor para aumentar su supuesta desventura: callaba, le escuchaba en silencio, y á los diez minutos no se acordaba ya de su propósito.

Verdad es que todo contribuía para hacer á Tedarra mas interesante que ninguno de sus numerosos adoradores, empezando por su novelesca manera de amarla en secreto y declararse, y acabando por su modo de requerirla y escribirla. Desde que llegó á merecer su confianza, Emirene escuchaba con infantil curiosidad mezclada de ternura, sus apasionadas palabras; admiraba el fuego y la facilidad con que se espresaba; la naturalidad con que pintaba sus mentidos sentimientos, y ya lo he dicho, se sentía como fascinada por sus miradas ardientes y respetuosas á la vez. En sus cartas encontraba siempre pensamientos llenos de elevación, sensibilidad y delicadeza, pensamientos é imágenes que respiraban el amor mas sincero y profundo; y hallaba una dulce voluptuosidad, un misterioso encanto, en leerlas repetidas veces hasta que se le grababan en la memoria, aquellos pasajes que mas la habían agradado. ¡Se enorgullecía á solas, de inspirar una pasión tan sublime!

¿Y qué mujer no perdería la cabeza, al verse amada con tal pasión y fuego? ¿Cuál no se sentiría conmovida á pesar suyo, por un amor tan caballeresco y rendido? Eduardo le adivinaba los deseos, estudiaba sus inclinaciones para amoldar á ellas sus discursos, aparentaba respetar la religión, hacia limosnas considerables, siempre que ella podía verlas ó saberlo: hasta tuvo la galantería de ir en persona al hospicio á entregar cincuenta pesos á una negrilla, que había salido de la casa de don Juan por su mala conducta; y manifestándole su amor el sentimiento que tenía; él, de motu propio, la socorrió en su nombre. Noble proceder que arrancó lágrimas á Emirene y la hizo formar un concepto muy ventajoso del buen fondo de su amante, que tuvo la modestia de negar el hecho para que se lo alabasen dos veces.

Cuando dos jóvenes hablan largo rato solos y sostienen una conversación animada que los conmueve, sin que se amen, con tal que se encuentren recíprocamente agradables, la organización se resiente de aquel estado violento y signos inequívocos revelan la llama oculta, no diré del amor, pero sí de los sentidos que obedecen contra nuestra voluntad á esa ley misteriosa que atrae á todos los seres como impelidos por una corriente eléctrica. Entonces es muy peligroso continuar la discusión, y lo mas acertado es dar por suficiente discutido el punto, levantar la sesión y retirarse, quedando en el uso de la palabra el que la tenga.

Así lo practicaba Emirene en cuanto sentía que empezaba á latir su corazón con mas fuerza, á subirse á intervalos la sangre al rostro, á medio cerrarse sus largos párpados, y á empañarse con un tinte vidrioso su mirada límpida y fulgurante. Oprimiase la frente con la mano quejándose de un fuerte dolor de cabeza, medio indirecto de decir al marqués que se marchase. El la comprendía, y como hombre prudente, no

esperaba á que se lo repitiesen dos veces; tomaba el sombrero y se despedía. La supuesta jaqueca servía de pretexto á Emirene por no recibirle en tres ó cuatro días. El veterano desquitábase escribiéndola sendas cartas muy apasionadas y llenas de metáforas, locuciones y figuras poéticas, pero que de nada servían, ¡ay! ante la inflexible lógica de la ingeniosa coqueta. Contestábale ella, y con cuatro renglones echaba por tierra sus mas formidables argumentos. Mas adelante dará algunas muestras originales de su estilo, para que sirvan de modelo á las que tengan necesidad de seguir alguna correspondencia epistolar. Siempre es bueno saber de todo un poquillo, para en caso necesario buscarse la vida, apelando á los conocimientos adquiridos, como á los productos de un capital empleado en una finca, posesión rural, ó un ramo cualquiera de industria ó especulación mercantil.

Creo haber insinuado que una de las cosas que mas hechizaban á Emirene en el marqués, era el respeto y mansedumbre con que él se conducía en todas ocasiones, anticipándose á sus deseos para evitarle la molestia de espresarlos. No obstante, á fuer de cronista prolijo, debo advertir que alguna vez el señor de Araure, en los giros de un vals precipitado, se tomaba la libertad de apretarle la mano, y lo que es peor, tropezar y rozar suavemente con sus ardorosos labios sus blancas y alabastrinas espaldas. Necedad que en sí misma llevaba el castigo, porque nada mas horrible que añadir incentivos al deseo, halagarle y cariciarle, y luego tener que renunciar á él.

Eso es lo mismo que pretender

Cicatrizar una llaga  
Desatando el ligamento.  
O consolar á un sediento  
Con gotas de amarga hiel (1).

Acaso opinaba así Emirene, y juzgándole bastante castigado, no se daba por entendida; ó acaso creía de buena fé que había sido una casualidad, ¡tanta era la destreza del marqués! y le parecía ridículo é injusto quejarse de un caso fortuito en el que no tenía parte la voluntad, y al cual, según había oído decir á su tía, nadie se obliga en principios *stricti juris*, no habiendo pacto en contrario.

Diré para concluir de una vez, que fué necesario todo el aprecio que profesaba á su esposo, toda la gratitud de un corazón doble y reconocido, para que Emirene no se dejase arrastrar ciegamente de su piedad y simpatías hacia el de Araure, y pensase muy de veras en romper con él, ó alejarle de su lado, aun á costa de cualquier sacrificio, antes que le fuese imposible hacerlo, dominada por la violencia de un sentimiento, que no era difícil acabase por convertirse en verdadera pasión.

No quiero impacientarte, oh buen lector, refiriéndote todas las elucubraciones de nuestra linda víctima en aquella congojosa noche de insomnio, en que se disiparon sus dudas y se resolvió por fin á ir á la cita, para que Eduardo se fuese y no volviese á Lima en cinco años. No quiero ser mas estenso en la fisiología de la coqueta, ella acabará de revelarse tal como es en el terreno de los hechos (1). (Se continuará.)

## DON PEDRO SANSFIELD.

### PRIMERA ÉPOCA.

Los disturbios de la Gran Bretaña en el último siglo trageron al continente europeo multitud de isleños, y en particular irlandeses. Hallábase entre estos don Patricio de Sansfield, militar que se puso al servicio de España, y se encontraba de teniente coronel del regimiento infantería de Ultonia, guarneciendo á Ceuta, cuando hacía el año de 1779 le dió su esposa doña Juana Waterz un hijo, á quien bautizaron con el nombre de Pedro.

Educado este con la severa religiosidad propia de los irlandeses, aprovechó los estudios que le proporcionaron sus padres, y encontróse á los pocos años apto para la carrera de las armas. Ingresó de cadete en 19 de marzo de 1791 en el cuerpo de que era gefe su padre, y permaneció en Ceuta hasta el mismo mes del siguiente año.

Durante este período fué sitiada una vez la población por los moros, y el joven cadete inauguró dignamente sus servicios en campaña. Poco despues se halló tambien en la Escala, en un combate naval contra una fragata inglesa.

El 3 de enero de 1794 pasó al ejército de Guipúzcoa, destinado á rechazar las legiones francesas que enviaba la república, y se peleó en el ataque del 5 de febrero y en las acciones de los días 3, 16 y 23 de junio; en la toma á los enemigos de la trinchera y batería de la Cruz del Ramo, y en la retirada de Irun el 1.º de agosto. Por su buen comportamiento en las anteriores acciones, y mas particularmente por la defensa del punto de las Nasas, que hizo todo el regimiento de Ultonia, obtuvo, así como sus compañeros, un escudo de distinción.

En 25 de marzo de 1798 fué ascendido á subteniente, y desde esta fecha hasta el año de 1798, en

(1) Acuña de Figueroa.

(2) Apotosis de la noche. (21)



que siendo primer subteniente del citado cuerpo de Ultonia, se embarcó en el Ferrol en la escuadra que salió para Canarias, pasó una vida tan oscura como retirada. No fué muy diferente la del período que permaneció en las islas, donde elevado á teniente de granaderos el 2 de setiembre de 1800, continuó entregado á los estudios de su carrera, hasta que en el mismo mes de 1802 regresó á la península.

Sarsfield había nacido para militar, pues aunque no lo probase el haber preferido á otras carreras la de la milicia, bastaría á demostrarlo el fervor con que se dedicaba á hacer de ella un estudio serio y meditado, con el que adquirió un caudal de conocimientos poco comunes en aquella época. A esto solo debió el ser nombrado el día 2 de abril de 1806 maestro de los cadetes de su regimiento, cuyo destino desempeñó hasta que comenzó la guerra de la independencia. Continuaba á la sazón en el cuerpo de Ultonia, y se había hallado en el ataque que dieron los franceses á la puerta del Carmen de la plaza de Gerona el 20 de junio: en el asalto que en la misma noche intentó el enemigo contra el baluarte de Santa Clara; en el primer sitio de dicha plaza; y en la salida que de ella se hizo el 16 de agosto contra las baterías que disparaban en brecha á Monjuich, yendo á las órdenes del sargento mayor don Enrique O'Donnell, de resultados de cuya acción se levantó el sitio, concediéndole por ella en el mismo mes el grado de capitán.

Obtuvo la efectividad el 1.º de enero de 1809, y el 6 de mayo se halló sobre Costarotcha á las órdenes del citado O'Donnell, su coronel, y en la salida de Gerona el 17 de junio, contra la batería del Pedret, de la cual se apoderó y adquirió por este hecho el grado de teniente coronel el 10 de julio. En otra salida mandó un destacamento de oficiales y sargentos á fin de reunirse al ejército é introducir algunos refuerzos en la plaza, á la que regresó al frente de una partida de doscientos granaderos, y con la cual arrolló varios puestos enemigos, verificando su entrada en el mes de agosto con pérdida de tres oficiales y cincuenta y seis granaderos, debiendo á este hecho su ascenso á comandante, por lo cual quedó agregado al tercer batallón de Ultonia. En el mes de agosto verificó otra salida por orden del general en jefe don Joaquín Blake, y en el 31 del mismo se encontró en la acción de Brunós, mandando una columna de seis compañías de granaderos con quienes atacó la posición que ocupaba el enemigo en el referido punto. El 14 de setiembre tomó parte en el asalto de Bascara, y el 26 del mismo entró en Gerona á las órdenes del general en jefe, mandando la vanguardia de O'Donnell, y después se le confirió la comandancia del tercer batallón del infante don Carlos.

La categoría á que Sarsfield ya había llegado era el justo galardón de sus servicios; recogió además los laureles de la inmortal defensa de Gerona, en los particulares sucesos que ligeramente hemos narrado; y como si esto no fuese bastante á conquistarle una merecida reputación de valiente, quiso conseguir también la de entendido jefe, y al efecto se dispuso á acreditar que tan bien sabía mandar como obedecer.

Comenzó el año de 1810, y el 10 de febrero se distinguió en el reconocimiento y ataque del punto de Malla, mandando una división. Posteriormente se unió al grueso del ejército de Cataluña, al mando de O'Donnell, con ánimo de desalojar de Vich á los franceses. El 19 siguió lo principal de la fuerza el camino que de Tona se dirige á aquella ciudad, marchando una columna de San Calgat hasta la altura del Vendrell donde paró. A las nueve de la mañana la vanguardia, ó sea cuerpo volante mandado por Sarsfield, rompió el fuego. Una hora después cundió por toda la línea sostenido con tenacidad por ambas partes. Los franceses al mando del general Souham, tenían dos cañones: los españoles ninguno. Después de varios sucesos avivó el fuego y continuó rícidamente hasta las tres de la tarde, en cuya hora flanqueando Porta que regia el ala izquierda, á pesar de los esfuerzos de O'Donnell, quedaron desbaratados los nuestros y se retiraron á Tona y Collsuspino. Quedaron 900 españoles prisioneros y entre el número igual de los heridos se hallaba Sarsfield en el costado y brazo derechos: los franceses sin embargo no ganaron con pérdidas insignificantes.

Sarsfield por su bizarro comportamiento, obtuvo una medalla de honor y la comandancia del batallón ligero de Tarragona: infatigable para el servicio se halló el 2 de marzo, curado apenas de sus heridas, en la acción de Casageret, y en las de Alcover, la Selva y Cervera: el 26 de agosto atacó su división la retaguardia del enemigo, y el 27 cargó sobre su flanco al paso por el estrecho de la Riva. Aquí trató de detenerle por su frente la división que mandaba el brigadier Georget, que de antemano había dispuesto O'Donnell viniese de hácia Urgel en donde estaba. Entonces fué cuando Sarsfield atacó al francés por flanco y retaguardia en las alturas de Picamuseux y Coll de las Molas, mandando á la izquierda varias partidas. Tales acciones le promovieron á coronel de una legión catalana. El 24 de octubre se halló en el reconocimiento y acción de Bascano y Monfolla y en las de la Cruz Cubierta y Sarriá: en 1.º de noviembre en la de Santa Coloma, el 12 y 13 en las de Moya y Collsuspino, cargando en la primera por orden del general O'Donnell sobre el centro de la división enemiga mandada por Souham, por cuyo medio facilitó la victoria, haciendo prisioneros 11 oficiales y 400 individuos de tropa, y el 29 en Grano-

llers á las órdenes del general Irauso, y en el sitio de Tarragona y mando de la línea del Puerto.

Si gloriosa fué para Sarsfield la conclusion del año de 1810, no lo fué menos el principio del siguiente. Situado con una división de 330 infantes y 600 caballos en Santa Coloma de Queralt, recibió orden de Campoverde para caer sobre Valls y cerrar el paso á la vanguardia enemiga, al propio tiempo que las tropas de Tarragona debían picar y aun embestir la retaguardia. Abria la marcha de los franceses la división italiana al mando del general Eugeni, y encontráronse el 13 de enero entre Valls y Plá con Sarsfield. Los españoles acometieron el pueblo de Figuerola, adonde se había dirigido el enemigo en número de 6,000 hombres y 500 caballos, para atacar nuestra derecha, y le ocuparon arrollando á los contrarios y acuchillando la caballería que mandaban los intrépidos coroneles Foraster y Yebra. El perseguiimiento continuó hasta cerca de Valls, allí reforzada la vanguardia enemiga paráronse los españoles, y se libertó la división italiana de un completo destrozo. Campoverde no tuvo por su parte tanta dicha como Sarsfield. Cinco horas de continua lucha ocasionaron á los franceses la triste pérdida de 800 hombres, quedando mortalmente herido el general Eugeni, y de cuyas heridas falleció en poder de los españoles. Consecuencia inmediata de esta acción, fué la de que todo el ejército contrario, á las órdenes del mariscal Macdonald, dejase libre el campo de Tarragona, retirándose á Lérida, y que Sarsfield ascendiese á brigadier el 1.º de febrero del mismo año.

Macdonald se dispuso para algunas correrías importantes, pero el nuevo brigadier se apostó en Cervera y las impidió, y á poco se halló en las acciones de Guisona y Tolrá. El 30 de marzo acampó Macdonald con su gente en los alrededores de Manresa. Seguía el rastro el general Sarsfield con quien se unió el barón de Eroles en Casamasana, acompañado de parte de las tropas que se apostaban en las márgenes del Llobregat; y unidos, marcharon ambos jefes en la noche del mismo 30 y llegaron al Hostal de Calvet, á una legua de Manresa. La junta de esta ciudad tocó á sonaten, los vecinos abandonaron sus hogares, y la rapacidad francesa puso fuego á la rica y antes afortunada Manresa, reduciendo á cenizas mas de setecientas casas, sin respetar los hospitales donde había hasta compatriotas suyos (1).

Los manresanos clamaron venganza, y pidieron á Sarsfield y á Eroles que atacasen y destruyesen sin misericordia á aquellas legiones. No necesitaba tanto Sarsfield, y cerró contra la retaguardia enemiga en donde iban los napolitanos bajo el mando de Palombini, y quedaron completamente vengados los ultrajes de Manresa, á lo que contribuyó el malaventurado Torrijos, entonces coronel.

La feliz sorpresa del castillo de San Fernando de Figueras alentó al ejército y pueblo de Cataluña, y con el mayor número de tropas posible se reconcentró en aquel punto. En la noche del 2 al 3 de mayo se aproximó Campoverde, y al amanecer del 3 atacó por el camino real para introducir el socorro dentro de Figueras. Sarsfield iba á la cabeza y rodeó la villa, rechazando á los ginetes enemigos que quisieron oponérsele. Asustados ardides de parte de los franceses dieron lugar á que les llegase el refuerzo que esperaban con lo cual empezó la acción con mas calor. Sarsfield despechado atacó inmediatamente la villa de Figueras, y ya se hallaba en sus calles, cuando le flanquearon por la derecha 4,000 hombres que salieron de un olivar. Se retiró, y los dragones franceses le dispersaron á dos de los seis batallones que llevaba.

Puso el enemigo sitio á Zaragoza, y Sarsfield se propuso llamarle y atraerle lejos de la plaza. El 20 se colocó en Alcover, y tuvieron los enemigos que acudir con bastante fuerza para alejarle, costándole mucha gente su resolución. Tres días después se dirigió Sarsfield á Montblanc y puso en aprieto al jefe de batallón, Annee, que allí mandaba. La situación de Zaragoza comenzó á hacerse crítica, y en esta sazón se encargó el aguerrido brigadier de la defensa del arrabal de la plaza y su marina. Asaltada Manresa, se incorporó Sarsfield al grueso del ejército que mandaba Lacy, quien reemplazó á Campoverde. Se halló en el ataque de Mataró, y el 13 de agosto en la expedición por mar á las costas de Francia, mandando 4,000 hombres de infantería. Antes de finalizar el año, tomó parte en hostilizar á los convoyes que se conducían para abastecer á Barcelona; y las alturas de la Gárriga y otros puntos fueron unos de los innumerables testigos que los españoles tenían de su heroísmo, sin que cupiera distinción particular.

No bien empezó el año de 1812 cuando el 27 del mes primero se encontró en la acción de San Feliú de Codinas, donde fué herido de bayoneta y hecho prisionero, el 14 de febrero en la segunda expedición á Francia, y en la acción de Maremis en dicho reino, el 4 y 5 de mayo en las de Mataró; en el ataque del puente de Molins de Rey, en cuyo día fueron desalojados los enemigos de su posición de Pellejá con pérdida considerable de muertos y heridos, además de 200 prisioneros incluidos varios oficiales; el 24 de julio sobre

(1) Solo se salvaron algunos, en virtud de las sentidas plegarias que hizo el médico don José Soler y el general Saline, comandante de una brigada de Harispe, recordándole el convenio estipulado entre los generales Saint-Cir y Reding; convenio por el cual, los enfermos y heridos de ambos ejércitos debían ser mutuamente respetados y remitidos después de la cura á sus respectivos cuerpos, cual lo cumplieron los españoles.

Villafranca, donde el ejército francés compuesto de 12,000 hombres de todas armas atacó su división á las cuatro de la mañana, y después de tres horas de combate y de haber sido herido, efectuó su retirada sin pérdida de prisioneros y salvando todos sus heridos del campo de batalla; en la de Barbastro en los días 27 y 29 de setiembre y otros puntos limítrofes que en lo restante del año fueron testigos de la bizarria con que el descendiente irlandés defendía la independencia de España.

En febrero de 1813 se halló en el reconocimiento sobre Barcelona á las órdenes del general Clinton; en marzo, en la acción dada al frente de dicha plaza, cuyo bloqueo mandó en jefe hasta conseguida la paz; en las de Mallen, Magallen y Borja en Aragon los días 11, 12 y 13 de abril; en mayo en la de Terres del mismo reino, en julio se incorporó con su división al ejército británico, á las órdenes del general lord William Bentinck, asistiendo á la sorpresa de Reus. El recinto antiguo y demas fortificaciones de Tarragona fueron voladas por Suchet en la noche del 18 de agosto: la división española del segundo ejército, la cual regia Sarsfield, metióse al día siguiente en aquellas ruinas, y empezó á querer descombrar el recinto, posesionándose desde luego de cañones y otros pertrechos militares que se conservaron no obstante el casi completo destrozo de las fortificaciones de aquella plaza célebre ya desde el tiempo de los romanos. Poco después se halló en las acciones de Ordal y Villafranca; y el 18 de febrero de 1814 en el ataque del puente de Molins de Rey, en el que la división española se apoderó de todos los reductos que formaban la línea llamada del Llobregat, vadeando el río bajo el tiro del cañon del puente y persiguiendo al francés hasta el pueblo de San Feliú de Llobregat. Al siguiente año se hallaba mandando la división de tropas que formaban la izquierda del ejército, y adelantóse con ella hasta el pueblo de Prades (Francia); siendo nombrado en 1816 jefe de la brigada de las divisiones territoriales.

Hasta aquí la biografía del general, durante la gloriosa guerra de la independencia. Como subordinado nada dejó que desear á sus superiores; como jefe, nada mas podríamos decir en su obsequio que trasladar las mismas líneas que escribió un general francés refiriendo la campaña de Cataluña en la citada guerra. Desde el primer día, dice, en la sola colocación de las tropas conocimos que habian variado de mano y muy luego supimos que mandaba Sarsfield, al que miramos siempre con respeto, y nunca volvimos la espalda, sin tener motivo para arrepentirnos.

En cuanto á la disciplina de su ejército, era sobradamente rígido y tan amigo como se mostraba del soldado valeroso, era tan implacable con el que faltaba al menor de sus deberes. Dicese que hallándose recorriendo en una acción la línea de batalla, vió volver la cara ó un soldado pronunciando algunas palabras de cobardía, y lo pasó de una estocada, pisoteando luego lleno de furor el cadáver con su caballo.

En 1819 fué nombrado para la expedición de Ultramar á las órdenes de Abisbal, y en calidad de segundo comandante general, frustró la conspiración tramada en la isla de Leon, obligando á que rindiesen las armas 7,000 hombres de infantería, que en el campo de Palmar se hallaban dispuestos á proclamar la Constitución de 1812, en la mañana del 8 de julio. Siguió á este acto el arresto de los principales conjurados, entre los que se hallaban Arco Agüero, Quiroga, Riego, Rotten, y los dos San MIGUELES, por cuyo servicio le confirió el rey en 13 del mismo mes el empleo de teniente general.

Nada ofrece para la historia la vida de Sarsfield en la segunda época constitucional. Apareció en 9 de julio de 1823 en la escena política, en virtud de su presentación al mariscal de Francia duque de Cernigliano, quien desde luego le empleó en el ejército francés en su clase de teniente general, y concurrió á varias acciones de guerra contra las tropas constitucionales de Cataluña. Fué nombrado en 3 de setiembre jefe de estado mayor, y segundo comandante general del ejército realista en Cataluña, y gobernador interino de Barcelona, y en 13 de octubre del siguiente año capitán general de Galicia, cuyo encargo no admitió por el estado de su quebrantada salud.

Acabó después la revolución de Portugal por la muerte de su monarca don Juan VI, y alarmado el gabinete español, y temeroso de que se propagase en la península el contagio revolucionario, envió á principios de 1827 á aquella frontera, con el nombre de cuerpo de observación, un ejército al mando de Sarsfield, con la competente instrucción para que observase la mas rigurosa neutralidad, atendiendo únicamente á impedir la introducción de fuerza armada en el territorio español, y á interceptar las comunicaciones entre los dos reinos.

En 1829 se hallaba Sarsfield de gobernador militar y político de Tarragona, y se le concedió la gran cruz de la real y militar orden de San Fernando, con motivo del casamiento del rey con doña Maria Cristina. Por real orden de 4 de marzo de 1832, fué nombrado nuevamente general en jefe del cuerpo de observación de Portugal; en 26 de octubre capitán general de Extremadura, y en 23 de noviembre se le concedió la gran cruz de Isabel la Católica. Comenzó el año de 1833, y en 10 de mayo fué destinado de virey y capitán general de Navarra; y en 4 de julio se le confirió la gran cruz de Carlos III por la jura de doña Isabel II como princesa de Asturias.



Marchando á poco á ocupar su nuevo destino, después de haber desempeñado varias comisiones que le confirió la corte, comenzó para Sarsfield un nuevo período de su vida, que ni le fué tan glorioso ni de tanta satisfacción como el que dejamos referido.

## SEGUNDA ÉPOCA.

### GUERRA CIVIL.

Al comenzar esta sangrienta lucha se vió Sarsfield rodeado de enemigos, cuyos pasos, ó no pudo ó no se cuidó mucho de atajar, contentándose con esponder diariamente al gobierno lo crítico de su situación. Por cuarta vez decia en 10 de octubre que habia recibido avisos del capitán general de Castilla la Vieja, acerca de los síntomas de inquietud que se notaban en el distrito de su mando, así como de la sublevación de Bilbao. En su vista realizó algunos movimientos y combinó varias operaciones, para las que recibió órdenes del ministerio, siendo notable, aunque no por el estilo, la que este espidió el 12 que la trasladamos íntegra, por ser uno de los documentos que elevadas personas nos han franqueado, y cuya inserción nos ahorra algunas páginas que habíamos de emplear en dar cuenta de los sucesos para bien comprenderlos. Dice así:

«Excmo. señor: El comandante general de Guipúzcoa en partes de 8 y 10 del corriente que por conducto particular han llegado felizmente, hace presente á S. M. la reina regenta gobernadora, la criminalísima sublevación de Vizcaya y Alava, la posición que ocupan en Tolosa con 500 hombres del regimiento de San Fernando, las críticas circunstancias que le rodean, contando solo con la diputación y pueblo guipuzcoano, y socorros de que necesita para emprender una operación decisiva sobre Vitoria. S. M. habia tomado de antemano las providencias necesarias, previniendo al virey interino de Navarra, auxiliase al general Castañón con un batallón y cuatro compañías de preferencia, y al de Aragón que enviase á la frontera de Navarra una fuerza equivalente á la que de allí habia de salir, y dirigiese á Logroño otro batallón. En reserva de estas fuerzas y con solo el aviso de la sublevación de Bilbao, salieron de esta corte en los días 8 y 9 el 4.º regimiento de infantería de la guardia, y el de cazadores de á caballo de la misma, bajo las órdenes del coronel de este último cuerpo, el mariscal de campo don Santiago Wall, á quien debia reunirse el batallón del regimiento de infantería de Extremadura de su ejército, segun se previno á V. E. en real orden de 4 del corriente. Parecieron suficientes estas determinaciones para esterminar la sublevación de los voluntarios realistas de Bilbao, y asegurar en las orillas del alto Ebro, la tranquilidad general contra los que por aquella parte intentaban perturbarla, y hacia donde el gobierno de S. M. habia previsto se dirigia el ex-general don Santos Ladron, fugado de Valladolid. Pero la sublevación posterior del batallón de voluntarios realistas de Vitoria y la estension que pudiera tener propagándose por nuestra frontera del Ebro, y la complicación ulterior que pudiera resultar de la rebelión, si se le dejase tomar raíces hasta el extremo de presentar las apariencias de una guerra civil; todo obligó á S. M. la reina gobernadora á considerar como de urgente interés la destrucción en su origen de las sublevaciones de Vizcaya y Alava, antes que afianzándose y prolongándose allí, diese lugar á presentarse sostenida por la presencia del infante don Carlos en la frontera de Portugal y promoviese otra rebelión que pudiese aumentarse por aquella parte, multiplicándose así las atenciones sobre las dos opuestas fronteras. Por tales consideraciones la celeridad de la represión aconseja acudir primero adonde la rebelión se presente con fuerza, destruirla rápidamente y revolver después adonde el bien del servicio lo reclame. Por esto S. M. la reina regente, en nombre de S. M. la reina nuestra señora doña Isabel II, llena de confianza en la pericia de V. E. y en su enérgica actividad, ha tenido á bien confiar á V. E. la superior dirección de las tropas que se dirigen á Miranda de Ebro, así como de las que hoy se hallan en el vireinato y en Guipúzcoa; puesto que tambien á la calidad de general en jefe del ejército de que depende parte de dicha tropa, reúne V. E. la de ser el virey propietario de Navarra. Quiere tambien S. M. reforzar todavia las tropas destinadas al Ebro, y con este objeto, y con el de acelerar la pronta reunion de tropas para obrar sobre Vitoria, evitando en lo que se pueda excesivas fatigas, se previene con esta fecha al capitán general de Castilla la Vieja, que haga marchar por la indicada dirección de Vitoria al provincial de Chinchilla, uno de los que tiene á sus órdenes y las fuerzas de artillería que puedan inmediatamente aprontarse en Valladolid, verificándose esta marcha cuando esté pronta á ser relevada dicha fuerza por un batallón que V. E. destaque de ese ejército, y por igual número de piezas del mismo, á las que salieron de Valladolid. Asimismo autoriza S. M. á V. E. para que pueda hacer salir en su seguimiento con destino al alto Ebro la tropa de infantería y caballería que mas á la ligera estuviere en disposición de verificar dicho movimiento. Entretanto y mientras la temporal ausencia de V. E. del resto del ejército, es la primera importancia dar á este los acantonamientos mas adecuados á las atenciones que cubrir. El territorio comprendido en las grandes líneas que desde Salamanca se dirige á las fuentes del Ebro y Tudela, parece ser el grande espacio interior de la vigilancia de ese ejército. V. E. conoce que mientras

el infante don Carlos se halla sobre la frontera de Portugal, como se verifica actualmente, pues que desde el día 8 está en Morvan, á dos leguas de Valencia de Alcántara, intentando seducir y concitar las pasiones rebeldes, no puede desatenderse la observación inmediata de la frontera de Portugal, en disposición de caer prontamente sobre el primer teatro en que tuviesen efecto las gestiones de seducción y rebelión: por eso observadas las comunicaciones de la derecha del Tajo por las tropas puestas á disposición del capitán general de Extremadura, segun la plaza de Ciudad-Rodrigo en la observación de las comunicaciones de aquel lado, la ciudad de Salamanca parecia ser el punto, por ahora, á propósito para que permaneciese el cuartel general, del general que quedase interinamente mandando el resto del ejército, que podrá ser el mariscal de campo don Pedro María Pastors, si acompañase á V. E. el general jefe de la P. M. De todos modos y en suma S. M. autoriza á V. E. ampliamente para la elección de acantonamientos, gefes y cuerpos sobre las bases dadas de la frontera de Portugal, sobre la cual se halla actualmente el infante don Carlos escitando la guerra civil, y sobre la de reforzar y apoyar las operaciones contra los sublevados de la parte del Ebro, operaciones en cuya rapidez estriba el afianzamiento de la tranquilidad general. V. E. reencargará estrechamente á quien corresponda, el enérgico y puntualísimo cumplimiento de cuanto se tiene á V. E. prevenido en reales órdenes de 29 y 30 de setiembre último, para en el caso de intentar penetrar por nuestra frontera el referido infante don Carlos. Respecto á las providencias dictadas hasta ahora al comandante general de Guipúzcoa, virey interino de Navarra y al capitán general de Aragón, en vista de los últimos acontecimientos enterará á V. E. la adjunta copia que resume las disposiciones prevenidas; y quedando bajo las órdenes de V. E. los referidos comandante general de Guipúzcoa y virey interino de Navarra, obrarán de modo y segun las atenciones que V. E. les confie. Por último S. M. la reina regente deja á la dirección de V. E. todas las disposiciones relativas al cumplimiento de sus soberanas intenciones, pues su real confianza es tan completa como lo son la lealtad y los talentos militares de V. E.—De real orden etc.»

Su cumplimiento fué exacto. A las cuatro de la mañana del 13 de octubre envió con dirección á Burgos 700 hombres del Príncipe y Gerona, dejó la guarnición que se le previno al mando de Pastors, y adoptó las demas providencias que se le indicaban.

Sarsfield se hallaba á la sazón sumamente disgustado: habia tratado de reunir el ejército en un círculo menor del que ocupaba entonces, abandonando enteramente todos los demas objetos secundarios que le distraían del principal, á fin de poder caer en masa sobre los puntos que exigiesen su presencia, sin perjuicio de volver después de asegurada la tranquilidad general á ocupar sus anteriores puestos en la frontera. Pero no sucedió así; y sin que esto no bastase, el capitán general de Castilla la Vieja queria la diseminación de fuerzas en el considerable espacio en que se habia presentado el enemigo. Sarsfield decia, que reunidas podrian practicarse mejores operaciones que darian por infalible resultado el esterminio de los carlistas.

Salió el 18 de Salamanca con cuatro baterías y un resto de caballería é infantería que llevaba á sus órdenes, dirigiéndose por Valladolid á Burgos. Deseaba emprender las operaciones, reunido que fuese ya su ejército, porque como anunció á sus soldados, combatirían y destruirían á los carlistas, aunque eran mas en número; pero ó vencería, ó la última gota de su sangre sellaria el juramento ofrecido de morir en defensa de Isabel II y de su augusta madre.

El 19 se hallaba en Simancas, donde dictó algunas providencias, y el 20 pernoctó en Valladolid. A los dos días se hallaba en Villodrigo, y marchó de aqui á Burgos, comenzando en este punto á regularizar su plan de operaciones para destruir la fuerza de Merino. No tenia Sarsfield las bastantes para conseguir su propósito, y esperando la llegada de algunos batallones de su division, con cuyo total y la brigada real al mando del conde Armildez de Toledo, pensaba operar sobre la derecha del Ebro para desalojar al carlista de sus posiciones, prosiguió sobre Vitoria, y aun sobre Bilbao; y dispuso fortificar á Burgos y dejar esta ciudad bien provista, sin lo cual no creia prudente aventurar movimiento alguno, máxime cuando los pueblos de la provincia de Burgos y toda la Rioja estaban dominados del mas exaltado espíritu de rebelión.

El gobierno habia autorizado á Sarsfield del modo mas pleno y amplio para separar á los eclesiásticos, autoridades civiles y toda clase de empleados, en cualquier número que fueren continuándoles á los puntos que determinase.

Con tales precedentes emprendió Sarsfield sus operaciones que tuvieron por resultado la completa dispersión de las fuerzas de Merino; numerosas, sí, pero bisonas. Eran realistas que tenían mas amor al hogar que al campamento.

Dícese que por estos días mediaron comunicaciones entre los carlistas y Sarsfield, en las que se trataba de una avenencia por parte del jefe liberal. Es innegable que se le escribió, haciéndole proposiciones, y tambien lo es que Sarsfield no consideró bastante autorizadas á las personas que se las hacían, incluso el obispo de Leon que escribió al liberal en nombre de don Carlos; pero no hizo caso Sarsfield del ministro universal, del fugitivo en Portugal, y la

despreció como la siguiente de Cuevillas, que segun parece no fué contestada.

Esta carta fué la última que le dirigió el carlista. Cuartel general de Briviesca 1.º de noviembre de 1833.

### EXCMO. SR. D. PEDRO SARSFIELD.

«Excmo. señor: La muerte de nuestro amado soberano el señor don Fernando VII (Q. S. G. H.) ha sido el estruendo del cañon que se ha dejado oír por toda la península; á su eco todos los buenos españoles, aquellos que en ambas épocas empuñaron las armas en union de V. E. para defender la soberanía de sus reyes, vuelvan hoy á ratificar su fidelidad al legítimo sucesor al trono de San Fernando el señor don Carlos V, jurando morir antes que sucumbir al gobierno tiránico y caprichoso de una reina inesperta, entregada á seguir los consejos de hombres malvados llenos de crímenes y de delitos. V. E. conoce tambien como yo la justicia que asiste á nuestro rey legítimo, y que sus derechos á la corona están asegurados por las leyes y por el voto general de los pueblos. Un millon de combatientes están en campaña decididos á defender la legitimidad de los derechos del mas virtuoso de todos los reyes.

«El ejército es el primero que lo ama, y si no se ha declarado, esté seguro V. E. que es por falta de ocasión: en Aragón algunos cuerpos lo han verificado como constará á V. E. Las miras del gobierno usurpador tienden á entronizar la guerra civil, comprometer como en la época constitucional el honor de la milicia y las glorias de sus dignos gefes. Creo seria injuriar á V. E. si tratase de estender mi pluma á nuevas reflexiones, mayormente cuando sus conocimientos poco comunes son bien conocidos; así me limito á ofrecerle mi amistad, y en nombre del rey nuestro señor (Q. D. G.) á manifestarle la necesidad de que jure V. E. sus banderas, bien seguro que si su resolución es favorable, le grangeará la mas alta estimación del soberano y la gratitud eterna de la nacion. En V. E. consiste el evitar el que la sangre española se derrame de nuevo, y si como no lo dudo se decide por la justicia, la empresa es concluida porque puesto V. E. al frente de los valientes realistas y tropas del ejército, conducirá á la capital sus armas triunfadoras con el orgullo que es propio á un general acreditado, que jamás dejó que desear en el cumplimiento de su deber. Si V. E. da la acogida que deseo á este escrito, puede contestarme para ponerse de acuerdo con la Excmo. real junta superior gubernativa de esta provincia, y tratar lo que V. E. tenga por conveniente; bien seguro que si se resuelve á tomar partido por la causa de nuestro rey, será el día de mayor satisfacción que tendrá S. S. Q. S. M. B.—Ignacio Alonso Cuevillas.»

Continuando Sarsfield sus operaciones, obtuvo un señalado triunfo sobre el enemigo en la montaña de Peñacerrada, haciéndole 150 prisioneros y facilitóle esto el paso para Vitoria donde entró en medio de las aclamaciones de sus habitantes. Sarsfield puso espedito el camino de Vitoria á Bilbao, ocupando algunos puntos de que eran dueños los carlistas, que evacuaron tambien la misma villa guarnecida por tres batallones denominados de Bilbao.

Quiso aprovechar el jefe liberal el desaliento que tales operaciones producirían en el carlista, y publicó un indulto, que no produjo el menor efecto. Habia fe y entusiasmo en los carlistas y se aumentaba su número.

Por este tiempo recibió Sarsfield el nombramiento de virey de Navarra, y la orden de ir á desempeñarle, reemplazándole en el mando del ejército el general Valdés.

En 1834 obtuvo merced de título de Castilla con la denominación de conde de Sarsfield, y en 1835 fué nombrado capitán general de Cataluña, cuyo cargo dimitió por el mal estado de su salud.

Desempeñaba en 1836 el vireinato de Navarra y pocos fueron los sucesos ocurridos en todo este año. En el mes de setiembre trataron los carlistas de efectuar algunos movimientos, ya hacia Estella, ya hacia la línea de Zubiri: al frente de esta tenia cinco batallones y 140 caballos, y segun comunicacion del brigadier Iribarren, empezaron á moverse algunos de los primeros. Sarsfield no ignoraba estas evoluciones, algunas sin embargo eran tan acertadas y secretas que le precisaron tener buenos y numerosos confidentes, que bien pagados, le informaban hasta de los proyectos de los carlistas. Otro militar que no hubiera sido Sarsfield aprovechara mejor estas circunstancias, pero el veterano general no procedia á operación alguna que tuviera que separarse un ápice de las reglas de la guerra, llegando al caso de reprender al general Lorenzo cuando dió la accion de Nasar y Asarta porque no procedió militarmente á pesar de haberla ganado; mas para Sarsfield no era triunfo el que se conseguia sin reglas, y no era por consiguiente derrota la que se padecia sin haber faltado á ellas. Esta fué la causa de que hubiese tan pocos hechos de armas durante el mando de Sarsfield, pues era escusado buscar militares de táctica en sus enemigos, sin que dejaran por eso de pelear bizarramente y lo que es mas vencer.

Nombrado á fines de 1836 comandante general del ejército de operaciones de Navarra, puede consignarse con respecto á su administración en este nuevo destino lo que en el desempeñado anteriormente.

A principios de 1837 concurrió en union con Es-



partero y Evans á las combinaciones militares, mas grandes por lo ruidosas que por lo útiles.

Sarsfield, despues de estas operaciones volvió á Pamplona para poner remedio á sus dolencias, y permanecia en esta ciudad al frente de su empleo entregado á la inacción mas completa, motivada sin duda por el mal estado de su salud, cuanto tuvo lugar la insurrección militar del 23 de agosto del citado año.

Llegamos á uno de los periodos mas desastrosos de la historia militar contemporánea. Ya fuese por ocultas maquinaciones, de cuya existencia no podemos responder, ó ya por el mal estado en que se encontraba el ejército, lo cierto fué que la insubordinación comenzó á circular entre algunas de las tropas que se hallaban cerca de Pamplona.

Uno de los hechos contemporáneos que podrá narrar la historia, despues que el tiempo venga á aclarar sus causas, es este terrible atentado que nunca podrán justificar sus perpetradores. Detras de la insubordinación puede distinguirse una tentativa política, cuyos resultados fueron bien funestos. No se trataba de que el general Sarsfield, por su habitual indolencia, que daba fuerza y aliento al carlista, pudiese comprometer el buen éxito de la causa de la reina, ni de que la falta de recursos con que contaban la tropas acantonadas dentro y fuera de la población desalentasen su espíritu, sino que á la sombra de estas recriminaciones que excitaban las voluntades mas indecisas se podía vislumbrar la espionaje de un valiente militar por las nuevas ideas que en algunos soldados comenzaban á desarrollarse con violencia.

Dejando de ocuparnos del origen y causas de la desastrosa muerte del general Sarsfield, no se puede menos de deplorar el trágico fin que le reservaron los mismos soldados que estaban obligados á obedecer sus órdenes, y de lamentar los estragos que bajo la salvaguardia de los motines, hizo una milicia entregada á la embriaguez de sus pasiones. La insurrección comenzó á extenderse con rapidez; y cuando el general juzgaba conveniente oponer una resistencia armada, ya se habia apoderado de las tropas que podrían ser fieles á su causa, é inutilizado su justa y merecida resolución.

El 23 de agosto se pronunciaron en los Císuras los batallones francos de tiradores y flanqueadores, se dirigieron hacia Pamplona, y habiendo circunvalado esta plaza fuerte entraron en ella despues de sorprender á los guardias que la defendían. El 27 del mismo mes eran dueños de la ciudad los sublevados, y no perdonaban medio de llevar á cabo su propósito temerario.

Sarsfield, á quien el mal estado de su salud le habia obligado á retirarse á dicha plaza, estaba ageno de cuanto sucedia, y en tanto que los amotinados despues de citar al general y al gobernador de la ciudad reunían á dos diputados provinciales, á dos individuos del ayuntamiento y á varias personas distinguidas del comercio entre los cuales se hallaban los señores Ribet, Morso y Garcia reclamándoles el pago de todos los atrasos, que prometieron satisfacer, con lo cual se disolvió la junta, aquel mandó le llevasen sus dos caballos y al montar preguntó:

—¿Dónde está Borbon?

—Señor le contestaron, le han mandado salir de la ciudad.

—¡Ah! replicó entonces el general, ya lo comprendo todo!

Al pronunciar estas palabras, y al tiempo de montar, lo derribó á tierra una descarga que le hicieron. Levantóse, y huyendo del inminente peligro en que se encontraba, se refugió en una casa cercana, en cuyas escaleras fué asesinado á puñaladas. Los asesinos que de esta manera creían satisfecha su venganza y conseguidas sus pretensiones, no contentos con privar á la causa de la reina de un buen servidor, arrastraron su cuerpo hasta la plaza del castillo. Su casa fué allanada, para colmo de este suceso escandaloso, y entregados á las llamas sus papeles, entre los cuales habia muchos de un valor inapreciable.

Tan desastrosamente terminó su vida aquel noble caudillo. Su muerte fué una mancha que solo podía lavarse con sangre, y Espartero la lavó, vengando á la ilustre víctima, con asombro de toda la Europa.

A. PIRALA.

## ESPOSICION DE PINTURAS.

Pocas son las cosas notables que hemos visto en la exposición de este año, y ciertamente no sabemos á qué atribuirlo. Acaso la inesperada anticipación con que se ha abierto la Academia, habrá contribuido á que los artistas no hayan presentado sus obras como desearan por no haberlas concluido. Pero á pesar del escaso interés que ha proporcionado al público el corto número de cuadros que se ha visto, podemos asegurar que entre las pinturas malas y medianas que han aparecido allí, hemos notado algunas muy buenas, debidas al pincel de manos harto acreditadas, y que por lo tanto merecen una honorífica mención.

En la sala primera, denominada del Trono, ha llamado especialmente la atención del público el retrato de cuerpo entero del duque de Valencia: última obra del excelentísimo señor don Vicente Lopez, y en la que todos fijaban sus miradas, porque veían en ella la diestra mano del eminente artista que ha bajado á la tumba á la edad de 78 años, dejando á las bellas artes huérfanas de

su mejor intérprete. Al mirar el retrato de Narvaez, nadie que no tenga conocimiento del mérito indisputable del primer pintor de cámara, sospecha que haya sido ejecutado por un anciano. Magnífico dibujo, gran parecido, verdad en el conjunto, buen colorido, tanto en las carnes como en las ropas; posición digna, y admirable perspectiva, he aquí en resumen las principales bellezas que caracterizan la última obra de don Vicente Lopez.

Cerca del retrato del duque de Valencia, vimos otro traslado, también de cuerpo entero, de S. M. la reina doña Isabel II, original del señor don Federico Madrazo, en el cual advertimos un buen dibujo, y el colorido particular y exclusivo con que se distinguen siempre las pinturas de este distinguido pintor, pero también nos sorprendió no haber hallado en la reina todo el parecido que reclama el augusto personaje á quien tantos artistas han trasladado al lienzo incluso el señor de Madrazo. Este mismo ha presentado algunos retratos mas, y ciertamente no son gran cosa, si se tiene en cuenta lo que debe esperarse de un artista tan acreditado, y por cuyo mérito se le ha dado la honorífica distinción de pintor de cámara.

Don Genaro Villamil, nos ha sorprendido como siempre. Cada día se hace mas digno de la admiración de los inteligentes por sus magníficas Concepciones. El señor Villamil se emancipa de la rutinaria costumbre de casi todos nuestros contemporáneos, los cuales, con muy raras escepciones, se circunscriben nada mas que á hacer retratos. No suponemos por eso que desmerecen, porque la naturaleza está en todas partes; pero nuestra historia, nuestras costumbres hace mucho tiempo que reclaman con justicia el ingenio de los artistas españoles. El señor de Villamil es uno de los pocos que han acudido á este imperioso llamamiento, y el hermoso cuadro de la entrada de los cruzados en Jerusalén, que hemos examinado en la exposición de 1830 es una prueba de nuestro aserto, si no pudiéramos evidenciarlo con las pinturas que ha presentado los años anteriores.

Además del buen colorido que se observa en la entrada de los cruzados en Jerusalén del señor Villamil, además de lo ingenioso y natural de la composición, al contemplar el cuadro, no podemos menos de trasladarnos á la brillante época que nos demuestra, y nuestro corazón experimenta aquel dulce entusiasmo que proporciona el lisonjero recuerdo de tiempos tan heroicos y memorables.

La procesion de Salamanca, debida á la mano del mismo artista, es una cosa admirablemente ejecutada: las costumbres no pueden trasladarse al lienzo con mas verdad, ni puede espresarse de mejor manera el religioso entusiasmo de aquellos habitantes. Es admirable la portada de la capilla.

Antes de salir de la sala primera mencionaremos las excelentes miniaturas de don Gerónimo Muñoz. Este aplicado y laborioso jóven ha conseguido colocarse al nivel de los principales miniaturistas de la corte, y en prueba de ello basta examinar los retratos que ha espuesto este año en la Academia. Mucho parecido, naturalidad y escrupuloso miniado. El retrato del malogrado príncipe de Asturias y el de Velazquez, sobre papel, conceden al jóven Muñoz el honroso título de buen artista. Cada año que pasa se advierten en él nuevos y visibles adelantos, todo ello hijo de su modestia y singular aplicación.

Creemos que don Gerónimo Muñoz se encuentra ya en el caso de aspirar al honroso título de miniaturista de cámara, y nos parece muy extraño que no lo sea cuando vemos que otros lo han conseguido con iguales derechos á los que tiene el indicado artista.

Salimos, pues, de la sala primera, y vimos en la segunda unas excelentes marinas, hábilmente representadas por el señor Brugada, en el cual observamos que revelaba muy buenas disposiciones.

El cuadro de Sanson, un retrato y una alegoría del señor Espalter, han sido reputados por los inteligentes como obras muy buenas; y nosotros creemos que merecen esta distinguida calificación.

Don Benito Murillo ha espuesto dos retratos, en los cuales advertimos un elegante estilo y un buen colorido. No saldremos de la sala segunda sin hacer honorífica mención de los tres retratos ejecutados al lápiz por el señor de Inglada.

En la sala tercera vimos un cuadro del señor Bemoto. Gioto-pastor es un cuadro que le caracteriza un estilo francés bastante marcado; pero no por eso deja de ser una buena pintura.

Sala cuarta.—El señor de Ugalde ha presentado este año varios retratos al óleo faltos de relieve, pero de gran parecido y buenos colores.

En la misma sala hay también una escultura del señor de Vilches, que representa una bellísima Venus.

Desde la sala cuarta pasamos al archivo, y nos dejó verdaderamente sorprendidos un cuadro grande que representaba una corrida de toros en un pueblo, pintada por Mr. Legrand. Este cuadro es inmejorable en nuestro concepto; está pintado con mucha inteligencia, se ve muchísima facilidad y buen estilo; hay además una franqueza extraordinaria, muchos y buenos contrastes de luz, y suma verdad en el conjunto y en los detalles. En nuestra pobre opinión este hermoso cuadro adolece del defecto de hallarse muy recortado el horizonte con el cielo.

El señor de Brocheton ha espuesto cuatro retratos bien pintados, con buenas tintas y excelente parecido.

El señor Perez de la Riva ha espuesto una copia de la Virgen del Pez, otra de la Perla, y un cuadro histórico que representa la prision de Francisco I. en cuyo pincel hemos observado destreza, buen colorido y alguna verdad.

A esto se concreta todo lo que ha aparecido en la exposición de este año que sea digno de mencionarse; y esperamos ver el año venidero de 1831 mas animación y mejores obras.

B.\*\*\*

## TEATROS.

El apreciable y distinguido actor don Julian Romea, nos remite para su inserción el siguiente comunicado en contestación á nuestro último artículo de teatros.

Señor Director de *La Semana*.

Muy señor mio: en el número 43 de su estimable periódico, y en su artículo titulado *Revista de teatros*, al hablar del teatro Español, se hace mención de mi humilde persona en los términos siguientes: *Nosotros lamentaremos siempre que las escasas facultades de la junta de autores no hayan podido ser conculcadas con lo indispensable para recompensar el mérito de otros actores, segun su propio aprecio.* Nos referimos al señor Romea, señora Diez y familia, cuya ausencia del teatro Español, deploramos sinceramente y cordialmente. No puedo menos de dar las gracias al articulista, por esas últimas palabras sobre todo, y se las doy también leal, sincera y cordialmente; pero la frase *segun su propio aprecio*, me indica que está en un error creyendo que yo he pedido lo que no se me ha podido dar; y como hay mucha gente, segun oigo todos los días, que padece la misma equivocación, deseo que no cunda esa mala inteligencia, y este es el motivo, señor director, porque molesto á vd. rogándole inserte estos renglones en el próximo número de *La Semana*. Los hechos son estos:

A mí se me escribió por el señor director del teatro pidiéndome proposiciones; contesté que siendo indispensable hablar de muchos pormenores en mi contrato y el de mi familia, lo cual por escrito habia de ser cosa larga; que supuesto que yo pensaba estar en Madrid del 1 al 2 de setiembre, me parecia mejor si en ello no habia perjuicio para la junta, dejar el negocio para tratado de palabra á mi venida. A esto se me contestó que no era posible esperar, y se me enviaban unas proposiciones, advirtiéndome al pie de ellas que, por resolución general de la junta, se habia adoptado la medida de que en dichas proposiciones no se hiciese la menor alteración, y de que fuesen invariables para todos las cantidades asignadas. Como esto era sobrado terminante, y no dejaba lugar á discusión ninguna, me limité á contestar dando las gracias á la junta por su recuerdo, y añadiéndole pura y simplemente que tenia el sentimiento de que sus proposiciones no me conviniesen. Desde entonces, ni oficial ni extraoficialmente, he vuelto á tener la menor comunicación con la junta: de donde resulta que nadie tiene derecho de calificar mis exigencias de altas ni de bajas, puesto que nadie me las ha preguntado, que á nadie se las he dicho, y que, por consiguiente, nadie las sabe.

Ruego á vd. de nuevo, señor director, que haga insertar esta carta en el próximo número de su estimable periódico; á lo cual le quedará reconocido S. A. S. Q. B. S. M.

J. ROMEA.

Hoy 12 de setiembre de 1830.

Principiaremos por manifestar que en modo ninguno hemos querido zaherir al señor Romea, de quien somos personales amigos, y que en gracia á esta amistad no entraremos mas de lleno en la cuestión; pero para probar que no estábamos fuera de nuestro derecho, nos bastan las palabras del mismo señor Romea. Si la junta le remitió proposiciones, aun cuando hiciera la advertencia de que las cantidades asignadas eran invariables, puesto que de cantidades se trataba, y se trataba así mismo de evitar el que con segundas miras se quiera dar largas al asunto; si el señor Romea contestó que no le convenían aquellas, y lo que es mas, con la fórmula de que *ni todas en general, ni cada una en particular*; como una de dichas proposiciones era un sueldo de ocho mil reales mensuales para sí, y otro igual para su esposa, queda demostrado que el señor Romea, al desecharlas todas en general, y esta como todas en particular, segun su propio aprecio, se estimó indispensablemente en mas que lo que las escasas facultades de la junta de autores habian hecho ofrecerle, no como estimación, aprecio, ó tasación, sino como máximo de su posibilidad.

Contestamos esto al señor Romea, en obsequio únicamente del buen nombre de este periódico, y en obsequio sobre todo de la verdad. El papel de víctima no le conviene ahora á tan esclarecido actor, pues si se halla actualmente fuera del teatro Español, él solo se tiene la culpa; nosotros que hablamos sincera, leal



y cordialmente, por mas que aparente dudarlo dicho señor, nos neguremos en obsequio de esa misma amistad á probar tan latamente como podemos todo lo que hemos dicho; pero aunque amigos del señor Romea, pertenecemos tambien á la junta de autores á que se refiere en su comunicado, y esto y la rectificacion de tales hechos es para nosotros antes que todo.

EL AUTOR DEL ARTICULO.—G.

comida en cocina separada, pues sus usos les prescriben estar solos durante las horas de preparacion de las viandas y durante la comida. Cada gefe tiene su cocina y sus criados particulares.

Los ejercicios hípicos, los del circo y del hipódromo les agradan infinito. La mayor parte de ellos, y principalmente el embajador, son muy afamados en su país por su habilidad en la equitacion.

### ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



—¿Con que nada puedo esperar?...

—Absolutamente.... Es cierto que te quise un dia, Alberto, mas separados por la suerte, nada es capaz de hacerme faltar á mis deberes de esposa.

### MOSAICO.

#### CURIOSOS PORMENORES ACERCA DEL EMBAJADOR DE NEPAUL.

El general príncipe Sung Baadoor Koontrur Bangjee, que tanto está llamando la atencion en París, es uno de los guerreros mas valientes de su nacion. Tiene 32 años, su figura es varonil y enérgica; su tez algo cobriza y su estatura mediana; sus dos hermanos, el uno de 26 años y el otro de 22, son jóvenes de complexion robusta y fisonomía inteligente y animada.

Sus vestidos son magníficos y hermosos. El embajador y sus hermanos llevan un rico turbante de tela de oro adornado de perlas finas y de una garzota blanca realzada con una placa de diamantes magníficos. Usan indistintamente dos clases de trages; ó bien una túnica larga de color verde que llega hasta el suelo, abotonada por el pecho, cubierta de bordados de oro, y anchas charreteras de oro que dan á este brillante vestido el carácter militar, ó una especie de camisola de seda llena de bordados.

Los gefes, soberanos de tribus que acompañan al embajador, son de mas edad que él, pues tienen de 40 á 60 años. Su traje difiere un poco de el del general Baadoor. Llevan turbante encarnado con garzota blanca y verde, y al pie de ella un brillo mas que un solo diamante. Consiste su vestido en una túnica de tela de oro ó de seda de color.

Toda la embajada se compone de 37 personas, que ocupan las habitaciones del patio de la fonda Sinet, calle del arrabal de Saint-Honoré. Los ilustres viajeros siguen en Europa hasta donde les es posible los usos de su país. Parece que no es exacto, como habian dicho algunos periódicos, que inmolan en la fonda los animales que han de servirles de alimento, pues no habia sido posible todavía proporcionarles lo que previene su religion, que son los chivos gordos que no pasen de dos años. El embajador los pidió el primer dia; pero no se encontró ninguno en todo París, y se habian pedido á Amiens. A falta de este alimento, el embajador, sus hermanos y toda la comitiva se contentaron con comer algunas piezas de caza.

Su alimento habitual consiste en pescado, coliflores y leche. Cada uno de ellos prepara y hace guisar su

Sung Baadoor posee en el mas alto grado el arte de domar y enseñar á los caballos. Se cuenta de él que en un combate hizo atravesar á su caballo un torrente por encima de un árbol caído. Al ver el emperador el peligro que corria su intrépido ministro, le suplicó que no continuara aquella arriesgada travesía, y Sung Baadoor tuvo la increíble destreza de volver su caballo por lo mas estrecho del árbol que le servia de puente.

EL MATRIMONIO. Las ventajas del matrimonio son todavia disputables, puesto que, desde el principio del mundo, los que son miembros de aquella institucion desean salir de ella, y los que nolo son quisieran entrar.—La réplica de Sócrates al que le preguntó si debería decidirse á escoger esposa, nos parece muy razonable: «que la escogiese, ó no, siempre tendria que arrepentirse.»—Emerson.

LAS LAGRIMAS. Todos hemos ya llorado en este mundo; cada hombre feliz una vez siquiera por sus dolores; cada desgraciado siquiera una vez por sus alegrías.—Jean Paul.

LA VIDA. La vida es un desembolso continuo. La tenemos, pero estamos continuamente perdiéndola. Podemos usarla, pero la estamos constantemente malgastando. La vida es como el vino; el que quiere tomarlo puro, no debe agotarlo hasta la hez.—Sir Guillermo Temple.

EL TIEMPO. Asi como cada hilo de oro es apreciable por sí mismo, asi lo es cada minuto del tiempo; y asi como seria una necesidad poner á un caballo herraduras de oro, como lo hizo Neron, tambien lo es gastar, el tiempo en fruslerías.—Mason.

LA LLAVE. Si quieres comprenderte á tí mismo mira lo que hacen los demas hombres; si quieres comprender á los demas, lee en tu propio corazón.—Schiller.

LOS POBRES. Siempre que encuentro mucha gratitud en un pobre, doy por supuesto que se encontraria igual generosidad en él si fuese rico.—Pope.

### EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 23 de setiembre.—Año de 1837. El baron de Carondelet bate á los carlistas en los campos de Valladolid.

DIA 24.—1811. El cura Merino ataca á los franceses en Quintanapalla, y les hace mas de 30 muertos y 70 prisioneros.



—No me engañas!...

—Te juro que en nada te he ofendido.... Alberto ha venido á verme, es verdad, pero de esta visita no tienes ciertamente por qué quejarte.

DIA 25.—1834. Accion de Orta.—Tratado de Lirpoa, por el que viene á España una division auxiliar portuguesa.

DIA 26.—1837. Accion de la Seo de Urgel.

DIA 27.—1833. Accion de Salvatierra.

DIA 28.—1834. Accion de Elzondo ganada por el general Córdoba á los carlistas.—Las tropas de la reina consistió en 22 soldados fuera de combate, dos muertos tres oficiales heridos y el brigadier Carrera contuso.—Las bajas de los carlistas ascendió á 40 muertos y dos soldados y un sargento herido.

DIA 29.—Defensa del fuerte de Sangüesa.

### LOGOGRIFO.

### GUSTO.

GUSTO.

GUSTO.

GUSTO.

GUSTO.

LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

LOS CARACTERES DIFERENTES OCASIONAN MUCHAS CUESTIONES.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm 8.